

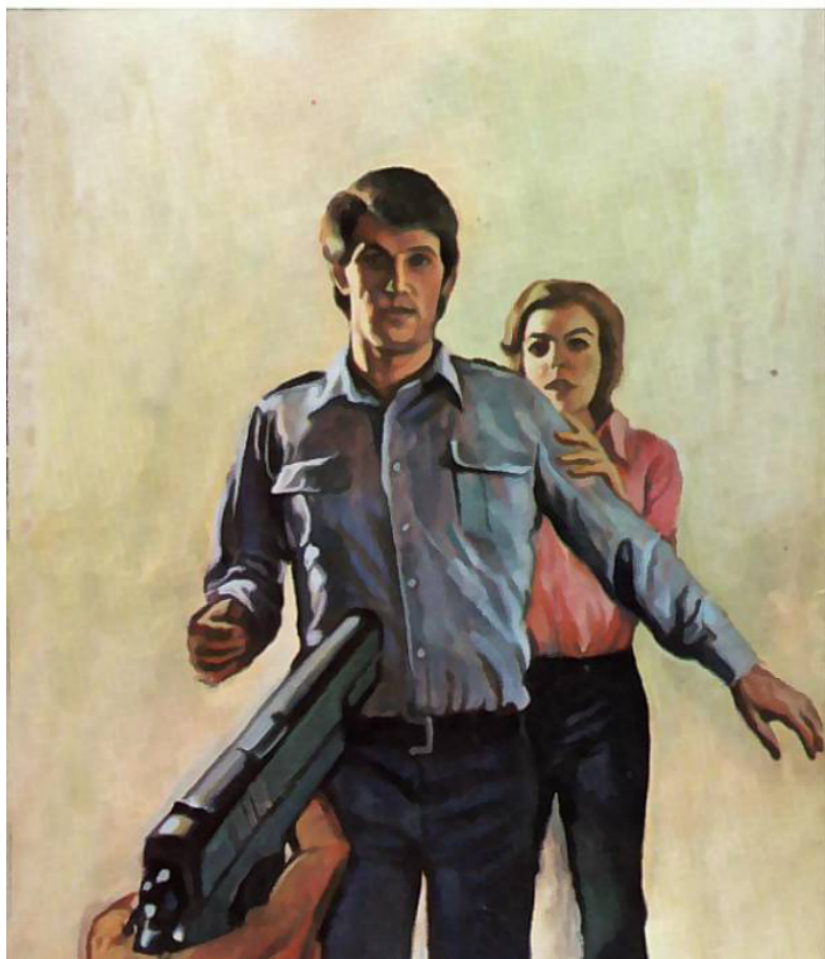
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

todos eran traidores

CLARK CARRADOS



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

TODOS ERAN TRAIDORES

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.299

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7

Depósito legal: B. 16.055 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1975

© Clark Carrados - 1975

Texto

© Jorge Núñez - 1975

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.433 -El lobo disfrazado.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.274 -Vivir de la violencia.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 -Sed de oro, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 -Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 -Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 -Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 -El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 -Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 -Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 -Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

673 -Cavar la propia tumba.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre estaba plácidamente sentado en la terraza de su lujosa *suite* del hotel, a veintidós pisos de distancia del suelo, y en medio de plantas exóticas que embalsamaban el ambiente e impedían llegasen hasta su pituitaria los malévolos efluvios de los cientos de coches que desfilaban continuamente por la avenida. Desde arriba, el hombre, cómodamente repantigado en una tumbona, contemplaba aquel maravilloso paisaje que era la playa de Copacabana, con sus alegres bañistas y el abigarrado movimiento que se percibía en ella en todo momento.

Para Roderigo Torçal, la vida era bella. Cuando era pequeño, más de una vez había visto aquel espectáculo desde el miserable barrio en que vivía. Se había jurado a sí mismo, apenas llegó a tener uso de razón, que un día saldría de aquella miseria y que sería un hombre rico, muy rico.

Torçal lo había conseguido. Ya era rico. El hotel era uno de los más caros de Río. Disfrutaba de la vida. Dentro de poco llegaría una hermosa mujer, con la que cenaría a solas, en una agradable intimidad. Torçal tenía treinta y dos años, una salud a prueba de bomba y una considerable reserva económica, de la que nadie le impediría disfrutar.

Estaba pensando en un buen negocio, en el que invertir su fortuna, sin riesgos y, a ser posible, sin dar golpe. Y así, viviría luengos años y...

Torçal estaba equivocado. No iba a disfrutar de su fortuna, ni viviría luengos años.

El hombre que se le acercó por detrás usaba zapatos con gruesa suela de goma y había utilizado una ganzúa para penetrar en la *suite* que ocupaba Torçal. Vestía unas ropas muy discretas, usaba grandes gafas de color, no demasiado oscuro, por propia conveniencia, y llevaba puestos unos finos guantes de piel negra.

En la mano derecha empuñaba una porra, corta y algo ancha. Torçal tenía las manos cruzadas sobre el estómago, en una postura completamente beatífica.

La porra golpeó el lado derecho de su cráneo, por encima de la oreja. Fue un golpe seco, no muy fuerte, pero lo suficiente para que Roderigo Torçal perdiese el conocimiento instantáneamente. La boca de Torçal se torció en una mueca horrible, pero el intruso no prestó la menor atención al detalle.

El intruso empezó a registrar la *suite*, rápida y metódicamente, dejando todo en orden, sin hacer el menor ruido. De pronto, encontró lo que buscaba.

Era un maletín tipo ejecutivo, aunque algo más grueso de lo corriente. El maletín se hallaba muy bien disimulado en el respaldo de un enorme diván, pegado a la pared. La parte posterior del almohadón en que había estado escondido el maletín hasta entonces, se hallaba sujeta con cinta adhesiva.

El intruso abrió el maletín. Detrás de los grandes lentes de color, sus ojos emitieron un brillo singular.

El maletín estaba atiborrado de fajos de billetes, perfectamente apilados, de modo que no quedaba el menor hueco en su interior. El intruso se dijo que si aquello no era un millón de dólares. —Menos algunos miles que Torçal, lógicamente, había debido de gastar—, él era chino.

Pero su labor no había terminado todavía. Cerró el maletín con cuidado, y lo dejó sobre una butaca. Luego, volvió a la terraza.

Torçal empezaba a rebullir, si bien no se daba cuenta todavía de lo que le había pasado. El intruso se acercó a él y le puso en pie, agarrándole por debajo de los sobacos. Luego, alzándolo casi en vilo, se acercó con él al parapeto de la terraza.

Entonces, de una manera vaga, Torçal se dio cuenta de lo que querían hacer con él. Pero cuando quiso gritar, ya estaba en el aire.

El intruso no se quedó a contemplar el espectáculo.

Demasiado se imaginaba lo que iba a suceder cuando el cuerpo de Torçal tomase contacto con el duro cemento de la acera, después de una caída de veintidós pisos.

Antes de abandonar la *suite*, se quitó los lentes oscuros y el guante de la mano derecha. Abrió con la izquierda y atisbo el corredor. Estaba desierto.

Salió, silbando alegremente. La enguantada mano izquierda estaba en el bolsillo del pantalón. En Río, una mano enguantada, a las seis de la tarde, hubiera llamado mucho la atención. El sujeto se quitó el guante cuando estuvo a salvo en su habitación.

Mientras tanto, abajo, en la calle, un nutrido corro de personas contemplaba morbosamente el nada agradable espectáculo que era el cuerpo de Roderigo Torçal, literalmente aplastado al chocar contra el suelo.

Alguien llamó a la puerta, y el timbre emitió los vivaces compases de la *Primavera* de Mendehilson. Matt Kenny se dijo que convenía cambiar ya el *casette* y escuchar otra melodía cada vez que alguien llamase a su casa. Alargó la mano, cortó la corriente y, por medio de otra tecla, conectó una disimulada cámara de televisión, que le permitió examinar adecuadamente al visitante.

Era una mujer, alta y muy delgada, pero no esquelética ni mucho menos. Kenny se dijo que su elevada estatura, aumentada, además, por unos zapatos de buen tacón, caros, pese a la discreción de su forma, la hacían parecer delgada, aunque las formas esculturales que se adivinaban bajo el vestido habrían dado envidia a la misma Venus Afrodita.

El pelo de la visitante era muy rubio, casi blanquecino, sujeto tirante en la nuca por un grueso rodete, en torno al cual había una ancha cinta negra. Los ojos estaban ocultos por sendos discos de color ahumado, tan grandes como la palma de la mano. En el brazo izquierdo llevaba un caro bolso de piel, a juego con los zapatos. El vestido, en fin, muy morigerado, era de color rojo oscuro, casi negro.

Terminado el examen, Kenny pulsó una tercera tecla y se puso en pie. La mujer cruzó el umbral y se encontró en un pequeño vestíbulo. Con ojos intrigados, examinó al hombre que tenía frente a ella, pero situado al otro lado de la puerta que comunicaba con él resto del departamento.

—¿Señor Kenny? —dijo.

—En efecto, señora...

—Johnson, *miss* Mary Johnson.

—Es un placer, señorita —sonrió Kenny—. Siga adelante, por favor.

Asombrada, la visitante se dio cuenta de que una recia pared de

vidrio, de una transparencia casi absoluta, se deslizaba en silencio a un lado. Kenny, vestido con un *pullover* de cuello alto, pantalones y cómodos zapatos tipo mocasín, le señaló una butaca, de diseño estremecedoramente futurista.

Ella examinó, con mal disimulada atención, la consola de instrumentos electrónicos que había adosada a una de las paredes de la estancia. Vagamente le pareció que era el cuadro de mandos de una astronave, pero hartó sabía que Matt Kenny no sólo no era astronauta, sino que ni siquiera tenía posibilidades de serlo... o ya hubiera empezado su carrera catorce años antes, nada menos que en 1960.

—¿Desea beber algo, señorita Johnson? —consultó Kenny.

—Café, si tiene, por favor.

—No faltaría más...

Momentos después, ella tenía ante sí una taza de la humeante infusión, con el azucarero a un lado. Kenny puso también junto a su visitante una caja con cigarrillos.

—Bien, señorita Johnson, puede hablar cuando guste.

Ella reparó entonces en un pequeño florero situado sobre la mesita junto a la cual se hallaba.

—Eso es un micrófono —dijo.

—Sí —admitió él, sin pestañear.

—¿Va a grabar cuánto hablemos?

—Señorita Johnson, usted no ha venido a hacerme una visita de cortesía —declaró Kenny, tajante—. Si nos entendemos, es probable que yo deba repetir la conversación más de una vez, a fin de hacerme cargo, con toda claridad y sin la menor duda, del asunto que me va a proponer. Es más, puede que necesite hacerle alguna pregunta suplementaria, y la cinta grabada me servirá para recordar lo que haya podido omitir preguntarle. Ahora, bien, si no nos entendemos, puede tener la absoluta seguridad de que la cinta se habrá borrado, y todo cuanto hayamos hablado usted y yo será olvidado por completo.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la hermosa visitante.

—Usted no deja nada al azar, señor Kenny —dijo.

—El hombre que, en mi profesión, deja algo al azar, ya puede cambiar de trabajo —dijo el dueño de la casa—. Y ahora, por favor, ¿quiere empezar a hablar?

—Sí, señor Kenny. Se trata de un robo, merced al cual, ciertos desaprensivos consiguieron apoderarse de una importantísima suma de dinero. Esa cantidad me pertenece. Por tanto, quiero que la recobre, naturalmente, abonando por ello los honorarios que usted estipule.

—Es obvio que hay razones para que usted acuda a mí y no a la policía —dijo Kenny—. ¿Cuáles...?

—¿Cómo sabe que no he ido a la policía? —preguntó ella, asombrada.

—Los periódicos habrían publicado la noticia —sonrió Kenny—. Ahora, por favor, explique los motivos de esa falta de información a los representantes de la ley.

—En primer lugar, la cuantía misma de la suma robada. En segundo, su procedencia.

—¿Cuál es la cifra del botín?

—Cinco millones. Y no bromeo, señor Kenny, ni estoy loca ni padezco un acceso de fiebre, que me haga delirar.

—Está bien, admitiré la veracidad de sus declaraciones —dijo Kenny, ya repuesto de la impresión que le había producido la mención de la cifra a que ascendía la suma robada—. ¿De dónde procedía?

—Si ha estado en Las Vegas alguna vez, habrá oído hablar del Ramsés.

—El año pasado estuve allí, y gané casi tres mil dólares —sonrió Kenny.

—Le felicito.

—Gracias. Pero no he leído nada ni he oído el menor comentario acerca de un robo tan importante en el Ramsés, señorita Johnson.

—No se dio cuenta a la policía, eso es todo.

—Entiendo. De modo que usted quiere que yo recobre esa suma... ¿Quién la robó?

—Lo correcto es decir quiénes, señor Kenny. Fueron cinco. —Ella abrió su bolso, y extrajo un papel, que entregó a su visitante—. Me ha costado casi un año de averiguaciones, pero al fin he conseguido saber dónde se encuentran los cuatro ladrones vivos.

—Antes ha dicho que fueron cinco. Ahora dice que cuatro...

—Uno de ellos, Roderigo Torçal, fue asesinado la semana pasada en Río de Janeiro, aunque su muerte se haya hecho pasar por

suicidio. Señor Kenny, un hombre joven y con buena salud, con un millón de dólares como resguardo de sus actividades, no se suicida.

—Sí, parece lógico hablar de un asesinato. ¿Tiene alguna idea de quién pudo haberlo cometido?

—Eso no me interesa. Yo quiero el dinero —contestó ella enérgicamente—. Y estoy dispuesta a pagar el diez por ciento como recompensa, si usted consigue recobrarlo y entregármelo.

—No está mal —sonrió Kenny—. El diez por ciento de cinco millones son quinientos mil... Dólares, supongo.

—Sí.

Kenny leyó un poco la lista que ella le había entregado. Luego movió la cabeza y dijo:

—No le cobraré tanto, señorita Johnson. Usted, en cierto modo, está confundida conmigo, lo cual es un error, porque yo sólo percibo de mis clientes los honorarios justos, aunque también elevados, hay que reconocerlo, ya que suelo terminar los casos con éxito. Aguarde unos minutos, por favor.

Kenny se fue hacia la consola, y se situó frente a la zona en que había un teclado de máquina de escribir. Situó el papel que ella le había dado a la izquierda, y empezó a escribir a toda velocidad.

Las cintas de una computadora se pusieron en movimiento. Ella contemplaba todas las operaciones con enorme curiosidad. Al fin, Kenny, paró la máquina, y se volvió hacia la visitante con una tarjeta en las manos.

—Mis honorarios, por ahora, ascenderán a sesenta mil dólares —recitó con voz mesurada—. Es decir, dos meses, a mil diarios. Respecto a los gastos, incluyendo honorarios de colaboradores, viajes de avión y abono de conferencias telefónicas, ascenderán a cuarenta y seis mil trescientos ochenta y siete dólares con veinte centavos. A estas dos cantidades, añadiré un diez por ciento del total de ambas, para posibles eventualidades, pero le devolveré todo lo que rebase si no lo he gastado, como también le pediría un cheque suplementario, caso de que determinados imprevistos hicieran subir la cifra total de gastos. Es decir, su factura ascenderá, provisionalmente, a la suma de ciento diecisiete mil veinticinco dólares con noventa y dos centavos.

La boca de la joven era una «O» mayúscula.

—Usted calcula... por anticipado... lo que va a gastar...

—En efecto, y hasta ahora me ha ido muy bien —sonrió Kenny—. Por eso no le cobraré más de mil diarios, que es mi tarifa habitual, aparte de los gastos.

—Pero éstos son elevadísimos...

—Es que ninguno de los ladrones se encuentra en el país.

Ella asintió.

—Ya entiendo —dijo—. Entonces, ¿acepta el caso?

—Sí, señorita Shagell.

La joven respingó.

—Eh, yo me llamo... —Pero de pronto se dio cuenta de que la ficción resultaría inútil, y preguntó—: ¿Cómo lo ha sabido?

Kenny sonrió.

—En primer lugar, no se ha puesto peluca negra. En segundo lugar, pese a las gafas negras, tiene usted un rostro demasiado conocido en las revistas de sociedad. —Y otras menos sociales, todo hay que decirlo—, para que un hombre observador, no la reconozca. El vestido es sencillo, pero caro, como los zapatos y el bolso. Y, por último, usted ha dicho llamarse Mary Johnson, pero las iniciales de oro de su bolso son distintas: «D. S.», Dorin Shagell. Elemental, querido Wats... perdón, señorita Shagell.

Ella se mordió los labios. De pronto, con gesto imprevisto, se quitó los lentes. Kenny vio así unas hermosas pupilas de color humo.

—Tengo la sensación de que me siguen —dijo ella.

—Es probable, pero, en tal caso, le daré un consejo para pasar desapercibida —dijo él.

—Hable, le escucho.

—Primero, póngase una peluca; pelo castaño, corriente, nada llamativo. Segundo, use trajes más discretos...

—¿Más discretos que éste?

—Los colores muy llamativos, y el blanco y el negro y el rubio de su pelo, lo son, llaman inevitablemente la atención. Una peluca negra la haría destacar tanto como su cabellera natural. Por tanto, una peluca de color castaño, más bien corriente, y un vestido menos ajustado a su figura, así como unos zapatos de tacón bajo y un bolso menos lujoso, la harían pasar desapercibida, aunque estuviese sola en el centro de un estadio.

Dorin sonrió.

—Seguiré su consejo —prometió—. ¿Cuándo puedo volver a verle, señor Kenny?

El dueño de la casa hizo un gesto vago con la mano.

—Cuando quiera —contestó.

—Pero ¿no puede prometerme...?

—Cuando acepto un caso lo más que prometo es el éxito, nunca el tiempo que habré de emplear en su solución.

Dorin suspiró largamente.

—Tendré que resignarme —dijo.

—No hay otro remedio, señorita Shagell —convino Kenny con amplia sonrisa.

CAPÍTULO II

El hombre estaba parado junto a la puerta del edificio, cuando vio a Dorin cruzar la puerta. Inmediatamente, sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos, que, en realidad, ocultaba una diminuta emisora de radio.

—Ella va a casa del detective —informó.

—Está bien. Sigue ahí. Nosotros vamos de inmediato —contestó alguien por el mismo medio.

—*Okay*.

Dorin Shagell entró en el ascensor y se dejó llevar hasta la planta en que estaba situado el departamento de Kenny. Sentíase muy furiosa; hacía ya dos semanas largas que había visitado al detective, y todavía no tenía la menor noticia sobre el caso que le había encomendado.

Momentos después, llamaba a la puerta. Tuvo que esperar un minuto largo, antes de que pudiera cruzar el umbral.

—Hola —sonrió Kenny, al reconocerla—. ¿Cómo así por mi humilde casa?

—Usted debiera saberlo mejor que yo —contestó Dorin, muy sulfurada—. Hace más de quince días que le contraté, y aún no me ha dicho...

—Un momento, señorita —cortó él—. Yo le prometí éxito, pero nunca hablé de un plazo fijo.

—Eso ya lo sé, pero ¿por qué en todo este tiempo no me ha tenido informada de sus gestiones?

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Qué le interesan a usted: los pasos que doy o la recuperación del dinero?

De pronto, Dorin se percató de que Kenny vestía una bata corta y que tenía las piernas al aire. El pavimento era lo suficientemente mullido como para no necesitar zapatillas.

De repente, sonó una voz lánguida en el interior del

departamento:

—¡Querido! ¿Vas a tardar mucho? Dijiste que hoy no esperabas visitas...

—Un momento, nena, por favor —dijo Kenny por encima del hombro—. En cuanto a usted, señorita Shagell, debe saber que mañana mismo parto para Dublín...

La misma voz de antes volvió a sonar, con trémolos indignados:

—¡De modo que te marchas mañana al extranjero! ¡Y me habías prometido llevarme a esquiar este fin de semana a Sun Valley!

—Así que éstas son las gestiones que usted practica para resolver mi caso —dijo Dorin burlonamente—. Está bien, no quiero seguir molestándole más, señor Kenny.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta, con vivo taconeo. Antes de que la alcanzase, una mujer se precipitó sobre ella y la apartó con violencia a un lado.

—¡Déjeme salir, estúpida! —gritó la otra, con acento exasperado—. Puede quedarse con ese tenorio de vía estrecha; se lo regalo... ¡para siempre!

La encolerizada mujer abrió la puerta y salió al pasillo. Apenas había dado dos pasos, sonó un ruido sordo.

Dorin chilló. La cabeza de la mujer se agitó violentamente. Dorin vio saltar sangre de su frente. Luego, sus rodillas se doblaron y cayeron al suelo.

Kenny tiró de ella hacia dentro, lanzándola a un lado. Cerró la puerta y corrió hacia el teléfono.

—¡Policía! —llamó segundos después—. Vengan, pronto; se ha cometido un asesinato...

Aunque tenía armas, Kenny no cometió la imprudencia de salir al pasillo, donde podía estar aguardándole un asesino emboscado. En lugar de ello, corrió en busca de unos prismáticos, y se asomó a la ventana.

Instantes después, dos hombres salían del edificio. Kenny creyó reconocer a uno de ellos. Ya se escuchaba, a lo lejos, el alarido de la sirena de un coche patrullero, que se acercaba con rapidez al lugar del crimen.

Dorin, a punto de desmayarse, estaba derrumbada en un sillón, con el rostro completamente falto de color. Kenny fue hacia ella y le puso una copa en las manos.

—Beba —ordenó secamente.

Los dientes de la joven castañetearon.

—Ha... han... queri... querido matarm... matarme...

—Sí —confirmó él, ceñudo—. Y si esa pobre estúpida se hubiera quedado quieta, ahora seguiría con vida. También podría seguir viva, si usted no se hubiera puesto a chillar como una demente.

Dorin se echó a llorar.

—Yo no podía imaginarme... Me sentía furiosa... Trate de comprenderlo, señor Kenny...

—Lo único que comprendo es que usted me confió un caso, y que yo lo acepté, dispuesto a realizarlo a mi manera. Pero si va a estar fiscalizándome a cada momento, si no se va a fiar de mí, lo mejor será que dejemos esto.

—¡No, por favor! —Se estremeció ella—. Sé que usted lo conseguirá y que...

En aquel momento sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—La policía. —Adivinó él, ceñudo.

El *barman* puso delante de Kenny una copa, y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Está buscando a alguien. —Adivinó.

—Sí —confirmó Kenny, mientras ponía sobre el mostrador un billete de diez dólares.

—¿Para mí? —Adivinó el *barman*.

—Eso es, Chuckie. El tipo es alto, muy fuerte, con la cara arrugada o con cicatrices de viruela. También tiene el ojo izquierdo más claro que el derecho.

Chuckie se estremeció.

—Jay North —murmuró.

—El mismo.

—Hace días que no viene por aquí. Lo siento, soy sincero, señor Kenny. Si no me cree, le cobraré sólo el importe de la consumición...

—Quédate con la vuelta, Chuckie; sé que no me engañarías. Pero, dime, ¿no conoces a nadie que pueda informarme de su escondrijo?

De repente, Chuckie vio a alguien que entraba en el local. El individuo se dirigió a una mesa ocupada por una rubia de formas generosas, que hacía una constante ostentación de sus hermosas

piernas. Fumaba en una larga boquilla y acariciaba con la mano izquierda la estola de piel que llevaba en torno al cuello, la que no impedía ver el vértice de la «V» que formaba su escote, y que llegaba hasta más abajo del estómago.

—Ahí lo tiene —dijo el *barman* en voz baja.

Kenny volvió la cabeza disimuladamente, escondiendo la mitad inferior del rostro tras la copa que le habían servido. El recién llegado hablaba con la rubia, la cual no parecía muy satisfecha de lo que oía.

Al fin, la mujer se encogió de hombros y, tras recoger su bolso, se puso en pie.

—Él es Bill *el Mula* —susurró Chuckie.

—Evidentemente, un apodo justificado —sonrió Kenny—. Gracias por todo.

—Macháquele las narices de mi parte. Un día, a poco me corta la garganta con el cuello de una botella...

El Mula y la rubia salían ya del local. Kenny echó a andar tras ellos. Instantes después, veía a la pareja meterse en un coche.

Kenny les siguió con el suyo. Era un automóvil corriente, pero con el motor mucho más potente de lo que correspondía a su aspecto. Kenny se imaginó que Jay North debía de estar escondido en alguna parte, y que quería matar su aburrimiento con la amable compañía de la rubia.

Una hora más tarde, el Mula detuvo su automóvil junto a una pequeña casa, situada al otro lado del río Hudson. Otro coche se detuvo en las inmediaciones.

Kenny aguardó a que la pareja hubiera entrado en la casa, aislada y con un pequeño jardín. El perfecto escondite para un tipo de la catadura de North, se dijo.

En la planta baja se encendió una luz. Kenny vio tres siluetas. Luego, quedaron dos.

Paso a paso, Kenny se acercó a la ventana. Las cortinas, si bien permitían el paso de la luz, impedían la visión. Pero el bastidor no estaba sujeto por el pestillo. Lentamente, con la ayuda de una navaja, lo alzó sin hacer el menor ruido. Alargó la mano y separó ligeramente las cortinas.

North y la rubia estaban en un diván, estrechamente abrazados. La estola de piel yacía en el suelo.

De pronto, sonó una voz:

—Lamento interrumpir la escena, pero tengo que hablar contigo, Jay North.

North se levantó en el acto, como impulsado por un resorte, y echó mano al interior de su chaqueta. La rubia chilló.

El pie derecho de Kenny se disparó con tremenda fuerza. Chasqueó una muñeca. North emitió un rugido de dolor. La rubia, aterrada, contemplaba la escena, acurrucada en el diván.

Kenny usó ahora su puño derecho. North había perdido la iniciativa, y el golpe lo dejó *K.O., instantáneamente*.

Acto seguido, Kenny recogió el revólver y lo guardó en un bolsillo. Luego dirigió a la rubia una ancha sonrisa.

—¿Hay alguien más en la casa, aparte de Bill? —preguntó.

Ella movió la cabeza. El asombro y el terror apenas si le permitían articular palabra.

—No... creo que no...

—Estupendo. Anda, ve a la puerta y llama a Bill.

La rubia se puso en pie. Tras unos segundos de vacilación, cruzó la estancia y abrió:

—¡Bill, ven! —gritó.

Se oyeron pasos en la estancia contigua. El Mula cruzó el umbral y, en el mismo momento, algo le golpeó en la base del cuello. La pérdida de conocimiento resultó fulminante.

Kenny sacó unos billetes del bolsillo, y se los entregó a la rubia.

—Vete y cierra el pico —dijo.

Ella contempló los billetes. Luego, dirigió a Kenny una sonrisa incitante.

—Tú me gustas más que Jay —aseguró—. Me llamo Daisy; ven un día a buscarme y...

—De acuerdo, guapa.

Ella recogió el bolso y la piel, y se marchó. Entonces, Kenny cerró las cortinas más espesas, arrancó unos cordones y ató a Bill. North daba ya señales de recuperar el sentido.

A los pocos momentos, abrió los ojos. Torpemente, contempló a Kenny. Un rugido de rabia brotó de sus labios, al comprender la verdad.

—Condenado...

El revés de una mano golpeó duramente sus labios. North gritó y

cayó sobre el diván.

—¿Hablamos, Jay? —dijo Kenny, a la vez que jugueteaba distraídamente con el revólver del asesino.

—Tú y yo no tenemos nada que decimos...

—Te equivocas, Jay. Hubo un tiempo en que fuiste persona decente. No es que como detective privado fueses una lumbrera, pero te defendías. Sin embargo, preferiste dar de lado la profesión, para ganar mucho más como asesino a sueldo. ¿Quién te pagó por matar a Dorin Shagell?

—Dorin está viva...

—Porque te confundiste con otra rubia, que salía de mi departamento en aquel preciso instante. Murió una mujer que no tenía nada que ver con este asunto, pero aún eso es lo de menos. El caso es que te pagaron para asesinar a una persona, y que yo estoy dispuesto a todo para averiguar el nombre de ese individuo.

North se limpió los labios con un pañuelo.

—No lo sé —dijo.

Las cejas de Kenny se alzaron suspicazmente.

—¿Me tomas por tonto, Jay?

—Te lo juro... El tipo me llamó por teléfono y me citó en la esquina de las calles Treinta y Cuarta Avenida. La entrevista tuvo lugar a las cuatro de la madrugada. Llevaba sombrero muy echado hacia delante y el cuello del abrigo subido. Entonces, me dio un paquete con dinero...

—¡Un momento! ¿Le viste las manos, por lo menos?

—Usaba guantes.

—¿Cómo eran?

—Oscuros...

—¿Negros?

—No, de piel oscura, pero no negra.

—Está bien, sigue.

—Bueno, ya está todo. Me dio el dinero y un nombre.

—El de Dorin Shagell.

—Sí.

—Te ayudaron Bill y otro, al menos.

—Ellos no hicieron otra cosa que seguir los pasos de la chica.

—Ya entiendo. De modo que el que te encargó matar a la señorita Shagell no dio ningún nombre ni se dejó ver la cara en

ningún momento.

—Así es, Matt, aunque no lo creas...

Kenny sintió deseos de escupir a la cara de aquel despreciable sujeto, pero logró contenerse.

—Eres una deshonra para la profesión —masculló—. Pero vas a pagar muy caro ese crimen, te lo aseguro.

—¿Eh, qué vas a hacer? —se alarmó North.

—Pronto lo sabrás —contestó Kenny.

North, en efecto, lo supo media hora más tarde, cuando unos policías irrumpieron en la casa y lo encontraron atado de pies y manos, junto a su compinche. También hallaron el revólver con silenciador que había servido para cometer el crimen.

CAPÍTULO III

—He leído los periódicos —dijo Dorin.

—Habrá encontrado alguna noticia interesante —sonrió Kenny.

—Sí. La policía ha capturado al asesino de aquella chica que murió al salir de esta casa.

—¡Cuánto lo celebro!

—No se burle de mí —exclamó Dorin, muy sulfurada—. Aquel tipo venía a matarme. Estoy viva de milagro.

—Y si está en peligro, es porque hay cinco millones por medio.

—¡Son míos, me pertenecen legalmente! —protestó ella.

—¿Seguro?

—Pues claro que sí. El Ramsés pertenecía a mi padre...

—Y el señor Irving Shagell estaba mezclado en negocios nada limpios, los cuales, además de acarrearle la pérdida de cinco millones, le costaron la vida.

Los ojos de Dorin se oscurecieron.

—Jamás tuve que ver nada con esos negocios —aseguró—. Le diré una cosa: ni siquiera he puesto los pies en un solo casino de Las Vegas.

—Yo diría que desprecia esa clase de negocios, que incluso le horrorizan... pero no por ello piensa despreciar los cinco millones que fueron ganados en uno de esos negocios para usted tan repugnantes.

—Soy pobre. —Se defendió.

—Tiene, o tenía un buen empleo —dijo Kenny.

—Lo he dejado. No quiero seguir más en esa clase de trabajo.

Kenny la contempló de pies a cabeza.

—Recuerdo muy bien cierta portada en la que usted aparecía sobre un enorme montón de pieles de leopardo. Supongo que las pieles serían falsas, pero usted era auténtica, tan auténtica como Eva en el Paraíso.

—Por favor —rogó ella—. Dejemos de hablar de este asunto...

—Sí, dejémoslo —concedió Kenny con amplia sonrisa—. ¿Quiere una copa?

Dorin aceptó. Después de beber, dijo:

—Tenía entendido que hoy debía haber salido para Dublín.

—Me vi obligado a cancelar el vuelo. La muerte de Lena Thompson trastornó mis planes.

—¿Lena era la chica que estaba aquí, cuando yo llegué?

—Sí. —Muy pensativo, Kenny tomó un sorbo de su copa—. Lena era una excelente amiga mía. Ahora ya no es más que un montón de carne fría...

—Pero el asesino ha sido detenido.

—Sólo el ejecutor, no el que pagó por su muerte.

Dorin sintió un escalofrío, al comprender el significado de aquellas palabras.

—Eso quiere decir que... todavía estoy en peligro...

—Sí. Y por lo que tengo a la vista, usted no ha seguido mis consejos sobre *camouflage*.

—Lo siento, no me he acordado...

—Transfórmese lo antes que pueda. Cambie de aspecto y, si puede, también de domicilio.

—Lo haré, se lo prometo. ¿Cuándo piensa marcharse a Dublín?

—Estoy esperando la respuesta de la agencia de Air Lingus, la línea irlandesa. Llámeme mañana. Si le contesto, es que estoy aquí todavía. Si no contesto, me tendrá volando sobre el Atlántico.

—Está bien.

Dorin se puso en pie. Kenny sonrió.

—¿De qué se ríe? —preguntó ella.

—Me acordaba de la portada de la revista...

—¡Oh, por favor, no lo mencione más! Mi padre se puso furiosísimo cuando la vio.

—Se comprende. ¿Qué dijo su esposo?

—Soy soltera —contestó ella, con arrogancia.

—Quizá eso la libró de un buen garrotazo en los riñones. Hay formas mejores de ganarse la vida, Dorin.

—Lo estoy intentando, señor Kenny.

La joven se marchó. Kenny movió la cabeza.

Un asunto muy complicado, se dijo. Cinco millones eran como

una especie de barril lleno de pólvora, dispuesto a explotar con la menor chispa.

Lanzó un suspiro, terminó la copa y se sentó ante el teléfono, dispuesto a hacer una llamada telefónica a Dublín.

Desgraciadamente, la persona con la cual esperaba comunicar, no se hallaba en su casa en aquellos momentos.

Frustrado, volvió el teléfono a la horquilla. Entonces, el llamador de la puerta desgranó las notas del *Minueto* de Boccherini.

La persona que llamaba era una mujer de unos treinta y dos años, vestida con un sofisticado traje azul fuerte y con una cabellera negra aparatosamente peinada. Las ropas eran caras, apreció Kenny, a través del televisor, y el collar de perlas, de un solo hilo, debía de valer una fortuna.

Abrió la puerta, mediante el mecanismo eléctrico. Ella cruzó el umbral. A la derecha de Kenny centelleó una lámpara.

—Por favor, señora —dijo—, tenga la bondad de dejar el bolso en el suelo, junto a la puerta.

Ella respingó.

—¿Por qué lo dice? —preguntó.

—Tengo un detector de metales...

Ella sonrió burlonamente. Abrió el bolso y sacó sucesivamente una polvera de plata y una costosa pitillera del mismo metal.

—¿Teme un atentado? —preguntó, irónica.

—Deje el bolso —insistió él.

—Está bien, ya que se empeña...

La bella visitante retrocedió un par de pasos, se inclinó, dejó el bolso en el lugar adecuado, y luego avanzó hacia el salón. La mampara de vidrio blindado se descorrió silenciosamente.

—Siéntese, señora...

—Lyman, Lucy Lyman —se presentó ella.

—Muy bien, encantado, señora Lyman. Usted, sin duda, ya sabe quién soy yo.

—Matt Kenny, investigador privado, con una bien reputada fama —sonrió ella—. Por favor, me he quedado sin cigarrillos...

Kenny levantó la tapa de la caja.

—Sírvasse —indicó.

—Me gusta fumar los cigarrillos en mi boquilla —manifestó Lucy.

—Prívese de su placer favorito, por esta ocasión —dijo él, a la vez que acercaba la llama del encendedor al cigarrillo de la visitante.

—Es muy desconfiado, señor Kenny.

—Conocí a un colega, al que le arrojaron un dardo envenenado con *curare*, por medio de la cerbatana que resultó ser una boquilla para fumar. No puedo correr tales riesgos con una desconocida, por muy hermosa que sea.

—Eso significa que me toma por una asesina.

—Las precauciones nunca están de más señora Lyman.

Lucy sonrió enigmáticamente. Se reclinó en la butaca y cruzó las piernas. Era un gesto claramente ostentoso.

—Usted vivirá muchos años, señor Kenny —dijo.

—Eso espero, señora.

—Pero podría vivir mucho más confortablemente si aceptase mi proposición.

—Es cierto. Hablando, hablando, nos hemos olvidado de que usted no me ha visitado sólo para quejarse de que soy muy desconfiado.

—Casi no me ha dejado exponer los motivos de mi visita. Está bien. Doscientos mil dólares, señor Kenny.

—¡Caramba! ¿Qué he hecho yo para merecer una suma tan agradable de oír?

—Lo que tiene que hacer es... dejar de hacer, señor Kenny —dijo Lucy, repentinamente sería—. Y no añadido más, porque usted es lo suficientemente listo para comprender el significado de mis palabras.

—Perdone un momento —rogó él bruscamente.

Se puso en pie y pasó al vestíbulo. Lucy le contempló con alarma.

Kenny se inclinó, recogió el bolso, lo abrió y extrajo la pitillera de su interior.

—¡Deje eso! —gritó la mujer, con voz crispada.

La pitillera era algo más gruesa de lo corriente. De repente, se oyó un sordo estampido.

Una leve nubecilla de humo brotó por uno de los ángulos de la pitillera. En la pared opuesta apareció, de pronto, un redondo agujerito.

Kenny sonrió y tiró la pitillera a un lado. Luego, sacó del bolso una boquilla, que medía más de un palmo de longitud.

Con ella en la mano, se acercó a la visitante. Lucy se puso en pie de un salto.

—¡Deje eso! —chilló.

Impasible, Kenny se puso la boquilla en la boca. El otro extremo apuntó directamente al centro del pecho de Lucy.

—No, no sople... —pidió ella, aterrada.

—¿*Curare*? —preguntó Kenny.

—Sí. —La cara de Lucy aparecía cubierta de una espantosa palidez—. Es de efectos instantáneos...

—Conozco los efectos del *curare*, pero no conozco el nombre de la persona que la ha enviado aquí, señora Lyman.

Lucy se sentía desmoralizada.

—Tengo... un cheque en el bolso... Me dijo que... que si no aceptaba...

—¿Quién se lo dijo?

—Slyner... Catto Slyner...

—¿Dónde vive?

Ella citó una dirección. Entonces, Kenny hizo girar un poco la cabeza y sopló con fuerza.

Algo cruzó el aire como una chispa gris, y se clavó en la madera de un marco. Los ojos de Lucy contemplaban, desorbitados, el diminuto proyectil que encerraba la muerte en su seno.

—Yo... yo no quería, pero... pero me obligó —dijo, casi llorando.

Kenny sonrió. Luego se acercó a Lucy, y la estrechó entre sus brazos.

—Dentro de unos minutos, me lo contarás todo, preciosa —vaticinó.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿De... de veras?

—Sí.

Los labios de Kenny buscaron los de su bella visitante. Lucy se rindió. Estaba segura de que respondería a todo lo que aquel hombre le preguntase.

Al atardecer, Kenny contempló el cheque que Lucy traía en su bolso.

—Si es auténtico, lo sabremos dentro de veinticuatro horas —dijo.

—¿Qué harás con ese dinero, Matt?

—Como también sabré si tus respuestas han sido sinceras, lo ingresaré en tu cuenta corriente. Pero te voy a dar un consejo, Lucy.

—Sí, Matt.

—Vete de Nueva York. Esta ciudad, a veces, es un horno, y en él se abrasan muchas personas. No te quedes aquí para abrasarte.

Lucy acarició la mejilla masculina con una mano.

—Seguiré tu consejo —prometió—. He sido sincera, te lo juro.

—Mejor para ambos —contestó él.

Al quedarse solo, se abanicó con el cheque. ¿Era Catto Slyner tan rico como para permitirse el lujo de pagar doscientos mil dólares?

Si se pensaba en los cinco millones que había repartidos en cinco lugares distintos del planeta, doscientos mil, en efecto, podían resultar una buena inversión.

CAPÍTULO IV

El correcto mayordomo que apareció ante los ojos de Kenny, veinticuatro horas más tarde, tomó la tarjeta que éste le tendía y, tras enterarse de su contenido, dijo:

—Tenga la bondad de aguardar, señor. Me enteraré si el señor desea recibirle.

—Gracias, Jenkins.

Las cejas del mayordomo se alzaron en un gesto de sorpresa.

—¿Conocía mi nombre el señor? —preguntó.

—Todos los mayordomos de casas tan elegantes como ésta, se llaman Jenkins —sonrió el visitante.

—Ah —murmuró el mayordomo, un tanto decepcionado—. Sí, es un apellido hartó vulgar...

—Pero usted lo prestigia con sus impecables modales y su cortesía sin límites, Jenkins.

—El señor me halaga. Por favor...

—Sólo hago justicia, amigo mío.

Jenkins se inclinó profundamente.

—Con el permiso del señor...

El mayordomo se retiró. Kenny quedó en el espacioso vestíbulo. Muebles caros y clásicos, abundancia de maderas nobles en las paredes, un par de cuadros de buenas firmas, jarrones de gran valor...

—Slyner sabe vivir bien —murmuró.

Jenkins se hizo visible a los pocos momentos.

—Señor Kenny, el señor le recibirá inmediatamente —anunció, mientras se quedaba a un lado de la puerta recién abierta.

—Gracias, Jenkins, perla de los mayordomos —dijo Kenny jovialmente.

Cruzó la puerta y se halló en un gran salón biblioteca, lujosamente amueblado. Unos leños ardían en una gran chimenea

de embocadura de mármol. Sobre la repisa se veía un cuadro de inconfundible factura. Al otro lado de un sillón de alto respaldo, se divisaban unas leves volutas de humo.

Pasaron algunos segundos. De pronto, el dueño de la casa habló:

—Y bien, ¿no tiene nada que decirme, señor Kenny?

—Perdón, estaba admirando su Van Gogh...

—Ah, es un cuadro estupendo. ¿Sabe lo que vale, Kenny?

—Por favor, no me lo diga; creo que me entraría vértigo.

Sonó una risita complacida.

—Tengo otros cuadros muy buenos en casa —dijo Slyner—. ¿Le gusta la pintura?

—Sí, señor.

—Abstracto, no, por supuesto.

—Señor Slyner, debo confesar que no entiendo la pintura abstracta. No dudo de su valor, pero no es el estilo que entra en mis preferencias.

—Le comprendo, amigo mío; a mí me sucede algo parecido. Por cierto, ahora ando en tratos para adquirir un Goya que... Pero me imagino que no ha venido aquí para hablar de pinturas, ¿verdad?

—Sólo de firmas, señor.

—De firmas de pintores, claro.

—Se equivoca. He venido a hablar de la firma que puso usted en un cheque de doscientos mil dólares.

—¿Qué sucede? ¿Acaso no es genuina?

—Oh, sí, claro, es una firma auténtica. Pero me pregunté quién era ese ser tan desprendido que me regalaba doscientos mil dólares por... por hacer la vista gorda, digámoslo de una vez.

—Si va a hacer la vista gorda, ya no tendría siquiera que haber venido a mi casa.

—Es que soy terriblemente curioso, ¿sabe?

—Ese dinero es para aplacar su curiosidad, Kenny.

—Lo siento, pero quiero saber algo más de lo que me ha dicho la encantadora señora Lyman.

—¿Qué le ha dicho esa mujer?

Kenny soltó una risita.

—Lucy llevaba consigo una pitillera-pistola y una cerbatana que disparaba flechitas envenenadas —dijo.

—¡La ha matado! —Rugió Slyner.

—Oh, no, en absoluto. Hemos comprobado la veracidad de su firma, y ella ha abandonado Nueva York, llevándose el cheque...

—¡Lo cancelaré! Telefonaré a mi Banco para que no lo paguen... —vociferó el individuo.

—Temo que no me ha entendido, señor Slyner. Esta mañana, muy temprano, la señora Lyman ha ido al Banco donde, a cambio de su cheque, le han entregado un pagaré negociable en cualquier otro Banco del país.

—Así pues, usted la convenció...

—Simplemente, la convencí para que no me matase, en primer lugar; y en segundo, para que me contara algunas cosas de usted. Pero la pobre sabía menos de lo que yo creía, aunque sí me contó el inicuo chantaje a que usted la sometía, y a causa del cual se vio obligada a visitarme en mi departamento, con el único objeto de asesinarme.

—Poseo documentos que pueden enviar a Lucy a la cárcel para el resto de sus días. —Gruñó Slyner.

—Catto, es usted un ser repulsivo y despreciable, además de otras cosas que sería largo enumerar. ¿Es que usted también va detrás de los cinco millones del Ramsés?

Hubo una corta pausa de silencio. De repente, el sillón giró y Slyner quedó frente a su visitante.

En la mano de Slyner había un revólver de cañón corto y calibre 38. El arma parecía menos amenazadora que la expresión de su dueño.

—Voy a matarle, Kenny —anunció.

—Esos cinco millones robados van a causar muchas muertes —dijo el detective, con fingido acento de pesimismo—. Pero ¿cómo justificaría la mía?

—Diré que usted me atacó, y que yo tuve que defenderme...

—Un momento, por favor —pidió Kenny.

Slyner respingó. Antes de que pudiera decir nada, Kenny se acercó a la pared y tiró del cordón de la campanilla, situado junto a la chimenea.

La puerta se abrió, momentos después.

—¿Desea algo, señor? —consultó el mayordomo.

—Jenkins —dijo Kenny—, el señor Slyner quiere matarme.

—¡Pero, señor! ¿Cómo se le puede ocurrir al señor un disparate

semejante, con perdón? —exclamó Jenkins—. Pero si el señor Kenny es un joven tan agradable y simpático, tan correcto y educado... Me cuesta muchísimo creer que haya hecho algo que pueda haberle enojado, señor.

Slyner tenía la boca abierta. Kenny hacía heroicos esfuerzos por contener las ganas que sentía de estallar en carcajadas.

—¡Lárgate, Jenkins! —aulló Slyner, de repente—. Yo no te he llamado, ni he pedido tu opinión...

—Jenkins, el señor Slyner carece de la bien ponderada flema británica, que es uno de los elementos necesarios para triunfar en la vida —dijo el joven—. Lo único que siento es que le haya tratado de este modo por mi culpa.

El mayordomo se inclinó gravemente.

—La culpa no es suya, señor —contestó—. Gracias por sus amables frases, señor.

—Gracias a usted, Jenkins —sonrió Kenny.

—Pero ¿es que quieren burlarse de mí? —estalló Slyner—. Jenkins, empiece a buscar otro trabajo. Está despedido...

De repente, se oyó un ligero ruido de rotura de vidrios. Un segundo más tarde, apareció una mancha roja en el pecho de Slyner.

El cristal acabó por saltar en pedazos. Dos manchas más, del mismo siniestro color, aparecieron en la blanca pechera de la camisa del dueño de la mansión.

La cabeza de Slyner se dobló sobre su pecho, y el revólver cayó al suelo. Reaccionando con energía, Kenny se agachó, recogió el arma y corrió hacia la ventana.

Pero era ya de noche cerrada, y no se veía a nadie en el frondoso jardín que rodeaba la casa de Slyner. Lo único que pudo ver Kenny fueron las luces de un coche que arrancaba a toda velocidad. Tratar de perseguirlo, se dijo, sería una pérdida inútil de tiempo y de gasolina.

Regresó junto al sillón en el que aún seguía Slyner, en la misma postura que le había sorprendido la muerte. Tras un rápido examen, dijo:

—Habría que avisar a la policía, Jenkins.

—Sí, señor. Pero primero, permítame, señor, por favor... Perdone este exceso de confianza, se lo ruego.

El impasible Jenkins se acercó a la mesita con servicio de licores, y se sirvió una copa, que despachó con dos rápidos tragos.

—Lo necesitaba, ¿eh? —dijo Kenny, comprensivo.

—En parte, señor, pero también he celebrado el que alguien le diera su merecido a este hijo de perra —contestó Jenkins sorprendentemente—. Y le diré una cosa, señor: no siento en absoluto haberme quedado sin empleo.

—Jenkins, por favor, sírvame a mí también otra copa —pidió el joven, con expresión pensativa.

—Oh, perdón, señor.

—No se preocupe —sonrió el joven—; los momentos son un tanto críticos. Pero tengo la sensación de que ha encontrado un nuevo empleo, Jenkins.

Los ojos del mayordomo estudiaron, durante unos instantes, la figura que tenía frente a sí. Luego, una débil sonrisa apareció en su rostro impasible.

—Será un placer ser el mayordomo del señor —aseguró solemnemente.

—Gracias, Jenkins. Y ahora —dijo Kenny, señalando hacia el teléfono—, vayamos a lo principal. La policía espera.

La puerta se abrió después de treinta minutos de espera, y Dorin entró en el departamento, taconeando vivamente.

—Creí que no iba a abrirme nunca —exclamó enojada—. ¿Es que no ha sabido reconocerme por su maldito aparato de televisión?

—¿Cómo dice, señora?

Dorin se volvió lentamente. Estupefacta, contempló al alto y delgado individuo que tenía frente a sí, con cara de palo, y a quien no había visto jamás en los días de su vida.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Jenkins, señora; el mayordomo del señor...

Kenny apareció en aquel momento, con bata de baño y una toalla al cuello.

—Hola —dijo alegremente—. Jenkins, te presento a la señorita Dorin Shagell. Dorin, éste es Jenkins.

—¿Qué tal? —saludó ella secamente.

—Señorita... —Jenkins hizo una profunda reverencia—. ¿Sirvo algo de beber, señor?

—Sí, un jerez para mí...

—Que sean dos —exclamó Dorin impulsivamente—. Y, por favor, dígale a su mayordomo que nos deje solos, después.

—Ya lo ha oído, Jenkins —dijo Kenny.

—Bien, señor.

Dorin miró al joven con cara de reproche.

—Le encargo que trate de recuperar cinco millones y, en todos estos días, casi cuatro semanas, todo lo que ha hecho ha sido contratar un mayordomo. ¿Acaso cree que tengo el dinero para tirarlo? —preguntó con voz crispada.

Kenny no se inmutó.

—Querida Dorin, por lo visto, usted no conoce mis métodos de trabajo, ¿verdad? —dijo.

—No me interesa. Lo que sí quiero es...

—Sé lo que quiere —cortó él secamente—. Pero escúcheme un momento, y sin interrumpirme por ningún motivo. Después de que yo haya hablado, usted podrá tomar dos decisiones: permitirme seguir adelante o cancelar el encargo. ¿Lo ha comprendido?

—Sí —dijo Dorin, con los labios muy prietos—. Hable.

—En primer lugar, debe saber que tengo una extensa red de corresponsales en el extranjero. Hay veces en que se me encomiendan gestiones que no precisan el desplazamiento. Eso significa que mis corresponsales, todos ellos pertenecientes a agencias de investigación privada, de notoria seriedad y máxima discreción, son, por tanto, de absoluta garantía. Usted ya averiguó dónde estaban los cuatro ladrones supervivientes, pero no me dio más detalles de su vida actual, y yo quería conocer esos detalles, antes de viajar, por ejemplo, a Dublín. Aparte de que tal vez mi corresponsal en la capital de Irlanda podría haberme solucionado el caso, sin necesidad de viajar hasta allí.

—El caso es que no ha ido...

—Hoy me llamará. Después de que días atrás yo le dijera a usted que estaba a punto de partir para Dublín, recibí una llamada de mi corresponsal, diciéndome que nuestro hombre había desaparecido. Pero ayer me llamó y me dijo que estaban a punto de localizarlo de nuevo. Hoy, sin falta, sabremos dónde está Ernie Radigan, el ladrón número dos.

—Y entonces, usted irá a Dublín.

—Tengo las maletas preparadas —sonrió Kenny.

—Está bien, si lo dice de ese modo... —Dorin parecía algo más amansada—. ¿Qué le pasó con Slyner? —inquirió de repente—. He leído los periódicos, señor Kenny.

—Slyner era un alto ejecutivo de la organización que, paralelamente a nosotros, pero con motivos muy distintos, quería recuperar esos cinco millones. Ahora bien, en una empresa normal, cuando un ejecutivo fracasa, va a la calle, sin más. En el caso que nos ocupa, si el ejecutivo fracasa, muere.

El horror se reflejó en la cara de la muchacha.

—Pero eso es... ¡espantoso!

—¿Acaso pensó alguna vez que sería un juego de niños? ¿Ya no se acuerda del primer ladrón, Roderigo Torçal? ¿Ya no se acuerda de que también a usted quisieron asesinarla?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—¿Averiguó algo en casa de Slyner? —preguntó.

—Un poco —contestó él. Y, de pronto, sonó el teléfono.

Kenny alargó la mano y levantó el auricular. Escuchó unos momentos, pronunció un par de monosílabos, y luego volvió el teléfono a su sitio.

—Bien —dijo—, ya hemos localizado a Ernie Radigan.

CAPÍTULO V

Las olas golpeaban con furia los acantilados de la costa sudoeste de Irlanda. El viento soplaba con cierta fuerza, aunque resultaba soportable. En el camino más próximo, había un coche parado.

Ernie Radigan estaba tumbado sobre una manta extendida en el suelo, cubierto de espesa hierba. A su lado había una mujer joven, en cuyo rostro se dibujaba una continua expresión de contrariedad.

—No sé por qué diablos me has traído aquí, a este rincón perdido de la mano de Dios —refunfuñó ella—. Pero ¿es que no te das cuenta de que me muero de aburrimiento?

—Maureen, pago bien tu aburrimiento, ¿verdad?

—Hombre, sí, pero...

—Entonces, cierra el pico y deja de lamentarte. Cloghane no es París o Londres, y ni siquiera Dublín, pero es un sitio tranquilo y discreto, que es precisamente lo que me conviene a mí; de modo que si estás descontenta, haz las maletas y lárgate.

—Ernie, por favor, no te lo tomes así —suplicó ella, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos con sus reproches—. Yo lo único que te pido es salir a divertimos de cuando en cuando... Cloghane es tan aburrido...

—Lo sé, pero es preciso que esperemos todavía un tiempo. No te preocupes, ya llegará la hora de la diversión.

Maureen Mac Farley lanzó un hondo suspiro, que dilató su bien contorneado pecho. En medio de todo, Ernie le gustaba bastante, aunque sospechaba que no era un negociante en vacaciones, como le había dicho el primer día que se conocieron en Dublín. En todo caso, podía ser un negociante en armas, con mucho dinero, pero eso a ella no le importaba en absoluto.

Ernie tenía dinero, eso era lo realmente importante. Y el dinero, suponía, debía de estar en aquel maletín del que nunca se separaba.

Maureen recordaba todavía el día en que Ernie la había

sorprendido, tratando de abrir el maletín. Nunca le habían calentado las mejillas de semejante manera; creyó que la mano de Ernie le iba a saltar todas las muelas, y eso que la había golpeado con las palmas abiertas. Pero no desistía de echar un vistazo al interior del maletín. Algún día...

De pronto, sonó un ronquido. Maureen volvió la cabeza. Ernie se había quedado dormido.

Sintió la tentación de ir al coche y abrir el maletín pero se contuvo. Era preciso aguardar una ocasión mejor. En su bolso tenía un tubo con somníferos. Un día le daría una buena dosis y...

Maureen se puso en pie y caminó por el borde de los acantilados, contemplando el incesante movimiento de las olas, treinta metros más abajo. El viento hacía ondear libremente su rojiza cabellera. Era preciso reconocer que, pese a los inconvenientes de residir en una pequeña población, el campo tenía sus encantos. El aire, frío, fresco, puro, traía efluvios salinos en sus ondas.

Al cabo de un cuarto de hora, regresó al lugar donde ella y Ernie habían hecho un poco de *picnic*. De pronto, vio a dos sujetos que corrían por la ladera herbosa que conducía al camino donde estaba su coche, a unos ciento cincuenta metros de distancia.

—¡Ernie! —gritó, alarmada.

Uno de los fugitivos llevaba en las manos algo que parecía un maletín. Maureen creyó que se le paraba e corazón.

—¡Ernie, te han robado! —chilló.

Pero Radigan no contestó. Al llegar a su lado, Maureen, horrorizada, vio una enorme mancha de sangre en su pecho.

Un agudo grito brotó de su garganta. Durante unos momentos, todo cuanto la rodeaba dio vueltas a su alrededor.

De repente, Ernie abrió los ojos, miró a la mujer y sonrió.

—Esto se acaba, Maureen —dijo.

—Llamaré a un médico —exclamó ella, enloquecida.

—No... no te molestes... Estoy listo... Ahora que ellos, cuando abran el maletín... —Ernie rió gorgoteantemente, debido a la sangre que brotaba de sus labios—. Se... se van a llevar un chasco...

La voz de Radigan se apagó de pronto. Maureen le miraba, aturdida, sin acertar a reaccionar. Pero comprendía que ya estaba frente a un cadáver.

Se preguntó quiénes, habrían sido los asesinos de Ernie. En aquellos momentos, el coche en que viajaban rodaba a buena velocidad hacia Cloghane.

—Para, tú —dijo, de pronto, uno de ellos.

—¿Qué te sucede? —preguntó el conductor.

—Espera, quiero echar un vistazo al maletín. No me gustaría haberme equivocado, ¿comprendes?

—Como quieras.

A unos cien metros de distancia, Paddy O'Rourke y su esposa apilaban el heno en un almiar, con la ayuda de sendas horcas. Vieron el coche que se paraba, pero no le concedieron la menor importancia. Tratábase de un potente deportivo, descapotable; el tiempo era lo suficientemente bueno como para permitir viajar al descubierto. Y, bien mirado, eran muchos los turistas que se detenían en aquel punto para admirar el paisaje.

El hombre que tenía el maletín en las rodillas soltó los cierres y levantó la tapa. Un grito de júbilo brotó de sus labios, al contemplar los billetes.

—¡Hemos acertado! —exclamó.

Y eso fue lo último que dijo, porque, en el mismo instante, un volcán de fuego brotó del maletín y abrasó a los dos ocupantes del coche.

Los esposos O'Rourke oyeron el estampido y volvieron la cabeza. Vieron la espesa nube de humo que brotaba del coche, y vieron también una enorme cantidad de papeles verdes que revoloteaban por todas partes. Paddy giró la cabeza hacia su esposa.

—¿El IRA? —murmuró.

—¿Aquí? —dudó la señora O'Rourke.

El coche ardía ya. De pronto, Paddy echó a correr.

El viento arrastraba aquellos papeles verdes, muchos de los cuales aparecían chamuscados. Paddy recogió uno y exclamó:

—¡Mary, son dólares! Habrá que avisar a la policía... —Sí, pero guárdate, antes, unos cuantos— aconsejó la mujer, sensata.

El coche que tripulaba Matt Kenny se detuvo en la carretera, no lejos del lugar en que se veía un numeroso grupo de personas. Momentos antes, había visto un automóvil quemado, cuyos dos ocupantes habían muerto abrasados. Pudo escuchar algún comentario sobre la explosión que había producido el incendio,

pero no prestó demasiada atención al suceso.

Hacía apenas seis horas que había llegado a Dublín. En el propio aeropuerto alquiló un coche y salió disparado en dirección a Cloghane, lugar donde, según sus noticias, estaba escondido Ernie Radigan. En poco más de tres horas, había recorrido los doscientos cincuenta kilómetros que hay entre Dublín y Cloghane. En ésta lo calidad había perdido un buen espacio de tiempo, intentando localizar a Radigan. Al fin, había conseguido saber que estaba de *picnic* con su esposa, y, tras averiguar la ruta adecuada, había partido en busca del sujeto, sin detenerse a descansar siquiera.

Paró el coche. Un hombre uniformado llevaba del brazo a una llorosa mujer, de unos treinta años, vistosa y bien parecida. Debía de ser la esposa de Radigan, pensó Kenny.

De repente, vio a dos camilleros que transportaban unas angarillas, sobre las que se veía un bulto, cubierto con una manta. Kenny sintió que se le paralizaba la respiración.

Un segundo agente acompañaba a los camilleros. Kenny se acercó al policía.

—Perdón —dijo cortésmente—. ¿Quién es el muerto?

—Se llamaba Ernie Radigan, señor —respondió el agente—. Alguien le clavó un puñal en el pecho, mientras dormía.

Kenny abrió la boca, estupefacto.

—¿Hace mucho tiempo, agente?

—Una hora escasa, señor. ¿Era usted amigo del muerto?

—No, ni siquiera le conocía, aunque había venido a Cloghane para hablar con él. Aquella mujer, supongo, será su viuda.

—No. Es... una amiga del difunto, y su nombre es Maureen Mac Farley. Con su permiso, señor.

El policía y los camilleros continuaron su camino. Terriblemente, defraudado, Kenny encendió un cigarrillo. Porcuna hora, pensó... por sesenta minutos tan solo, no había podido evitar la muerte de Radigan. Pero quizá estaba aún a tiempo de recobrar su dinero, se dijo. Conocía el hotel en que se alojaba, y trataría de buscar el botín...

Minutos más tarde, abandonó toda esperanza respecto al dinero de Radigan, cuando, al detenerse junto al coche quemado, oyó ciertos, comentarios, respecto a una gran cantidad de billetes que habían volado por los aires, tras una misteriosa explosión.

Kenny llamó a la puerta, y aguardó unos momentos. Al fin, la ocupante del cuarto abrió y le dirigió una mirada de hostilidad.

—¿Qué desea? —preguntó desabridamente—. Si es un periodista, ya he hablado ante la policía hasta quedarme ronca. No tengo nada más que añadir, ¿me entiende?

—No soy periodista, Maureen Mac Farley —dijo Kenny.

Ella arrugó el entrecejo. Vestía un amplio kimono negro, con muchos adornos de flores y jarrones, de cuyo escote no parecía cuidarse demasiado la dueña. Debajo del kimono, calculó Kenny, había muy poca ropa, si acaso había alguna.

—¿Entonces...? —dijo Maureen.

—Quiero hablar con usted; mis intenciones son buenas, y no soy policía ni periodista —manifestó el visitante.

—Ernie se portó muy mal conmigo. Hablaba mucho, pero a la hora de la verdad, era bastante roñoso.

Kenny sonrió.

—Mis fondos son limitados —dijo—. ¿Cien?

—¿Libras?

—No, mujer. Dólares.

Maureen hizo un gesto de resignación.

—Más vale eso que nada —dijo, filosófica—. Entre.

—Gracias.

Ella cerró la puerta.

—Lamento no tener bebida a mano...

—No se preocupe. —Kenny sacó el dinero, y empezó a contar la suma mencionada—. Hable ya, Maureen.

—¿Qué es lo que tengo que decirle, señor...?

—Llámeme Matt, simplemente.

—Está bien, Matt. Hace algunas semanas, conocí a Ernie en Dublín. Parecía un tipo simpático y era buen mozo, de modo que flirteamos un poco y acabamos por hacernos muy amigos. Al cabo de unos días, me propuso venir a Clogliane...

—¿Por qué, Maureen?

—Creo que este viaje estaba relacionado con una llamada que recibió en el hotel. Yo estaba a su lado en aquellos momentos, y me pareció que el hombre que le llamaba hablaba desde Glasgow. El teléfono sonaba muy fuerte, ¿sabe?

—Sí. Continúe, Maureen, por favor.

—Bien, nos vinimos a Cloghane. Decía que era un lugar tranquilo, pero yo pensé también qué buscaba un lugar seguro. Ernie no se separaba nunca de su maletín... A mí me comía la curiosidad, y un día que quise abrirlo para ver lo que contenía, se puso como loco, y me arreó dos bofetadas que aún me duelen. Pero acabó por perdonarme...

—Maureen, ¿vio a los dos sujetos que se llevaron el maletín?

—Sólo de lejos. Ernie y yo habíamos salido de *picnic*, y él se quedó dormido. Francamente, yo pensaba abrir el maletín cuando tuviera ocasión... pero ahora me alegro de no haberlo hecho. Los pelos se me ponen de punta cuando pienso que pude haber muerto despedazada... Bien, como iba diciendo, al ver que Ernie se había quedado dormido, yo me fui a dar un paseo para estirarlas piernas... Creo que me alejé demasiado, sin darme cuenta: cuando volví, Ernie agonizaba ya. Los dos tipos escapaban, pero estaban cerca de la carretera, a más de cien pasos de distancia. Yo me aterré, como es lógico, no sabía qué hacer y, de pronto, Ernie, a quien yo creía muerto... abrió los ojos...

—¿Dijo algo? —preguntó Kenny, súbitamente interesado.

—Se echó a reír, Matt.

Kenny miró a la mujer, con extrañeza. Molly hizo repetidos gestos de afirmación.

—Así como suena, Matt —insistió—. Se echó a reír, y dijo que se iban a llevar un chasco. Yo pensé que lo decía porque en el maletín no había nada importante, pero, a los pocos momentos, oí una distante explosión, y presentí lo sucedido. Luego, eché a correr y tuve la suerte de encontrar a un aldeano que iba en su bicicleta. Le encargué que avisara a la policía...

Cien dólares cambiaron de mano. Maureen sonrió.

—Eres muy generoso, Matt —elogió.

—No tiene importancia —contestó él, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

—¿Te marchas ya? Si quieres, puedo pedir una botella y dos vasos...

Kenny se volvió y miró a la mujer con expresión sonriente.

—Lo siento, Molly, tengo prisa —se disculpó.

Minutos más tarde, Kenny abandonaba Cloghane. Descansaría en Dublín y, mientras tanto, se pondría en contacto con su agente en

Glasgow.

El tercer ladrón se llamaba Brad Keystone, y era evidente que se había «olido» algo, puesto que había avisado a Radigan, lo que había motivado que éste abandonase Dublín para ir a refugiarse en Cloghane. No obstante, ello no le había servido para nada, ya que los asesinos le habían encontrado, llevándose consigo su parte del botín... con una bomba.

Por la mañana del día siguiente, cuando apenas acababa de tomarse el desayuno, que había encargado le subieran a la habitación, llamaron a la puerta.

Estaba vestido solamente con la bata y el pijama. Por precaución, puso un pequeño revólver en el bolsillo izquierdo de la bata. La mano derecha quedaba así libre, por si sólo necesitaba emplear la pura fuerza personal.

Abrió la puerta. La mujer que había al otro lado le resultó completamente desconocida.

Era bastante alta, y vestía un traje de chaqueta calor gris, con blusa blanca. Los zapatos eran completamente planos, y en la mano izquierda llevaba un bolso vulgar. El pelo tenía un color ratonil nada atractivo, y los lentes, de pequeños cristales, con cerco de oro, conferían a la mujer una apariencia inconfundible.

—Lo siento, señora —dijo—, pero yo no he pedido una taquígrafa...

Una maliciosa sonrisa se dibujó en los labios de la mujer.

—El disfraz es perfecto, ¿verdad? —dijo.

Kenny se quedó pasmado.

—¡Dorin Shagell! —exclamó.

—Mary Johnson, si no le importa —rectificó ella.

Kenny sacudió la cabeza.

—Me alegro de que haya seguido mis consejos —dijo—. Entre, por favor; creo que todavía queda algo de café.

—¿No madruga mucho, jeh!, hombre supuestamente diligente y activo?

—Me acosté pasadas las dos. Ayer tuve un día muy agitado.

—¿Ocurrió algo importante?

—Radigan, el ladrón número dos, ha dejado el mundo de los vivos.

CAPÍTULO VI

Dorin terminó el café y se limpió los labios con gesto pensativo. Mientras tanto, Kenny le había hecho un circunstanciado relato de todo lo ocurrido durante la víspera.

—Así, pues, Radigan demostró ser más listo que sus asesinos —dijo, cuando él hubo terminado de hablar.

—Era desconfiado, simplemente.

—Pero él mismo hubiera podido volar en pedazos...

—La bomba, por lo que he podido calcular, podía ser desconectada, mediante algún sistema sólo conocido por el dueño del maletín. De este modo, podía sacar dinero siempre que le convenía. Pero cuando no necesitaba dinero, conectaba el mecanismo de explosión.

—Entiendo. ¿Se sabe cuánto dinero ha recuperado la policía?

—Muy poco, menos de cien mil dólares. La mayoría de los billetes ardieron o quedaron inutilizados por la explosión. También se cree que algunos de los campesinos de los alrededores se aprovecharon de la ocasión, puesto que los billetes que no resultaron quemados o destruidos, volaron por los aires, lógicamente. ¿Piensa reclamar ese dinero?

Dorin hizo un gesto negativo.

—Usted ya sabe que no quiero publicidad —contestó.

—Ya ha perdido dos millones. Quedan tres, menos lo que los supervivientes hayan podido gastar, en este año y pico que ha transcurrido desde el robo.

—No será mucho; en cierto modo, les convenía pasar desapercibidos, sin hacer vida ostentosa.

—Es comprensible. Pero me gustaría hacerle una pregunta, que omití el primer día que vino a visitarme.

—¿Sí?

—Usted me pagó los ciento diecisiete mil dólares y pico que yo

le anuncié costaría mi trabajo. ¿De dónde sacó tanto dinero?

—Mi padre tenía una pequeña fortuna personal. Era, poco más o menos, un cuarto de millón.

—¿Qué hay del Ramsés?

—Pertenecía a una sociedad. Él era únicamente el director ejecutivo, con plenos poderes.

—¿Y tenía cinco millones de dólares?

Dorin volvió la cabeza a un lado.

—Considero que ese dinero es mío —dijo a media voz.

—¿Por qué?

—¡No me pregunte los motivos! —exclamó ella, repentinamente irritada—. ¿Recobraré el dinero que falta, sí o no?

—Lo intentaré, aunque debe saber una cosa.

—Dígame, por favor.

—Si ese dinero se pierde, yo le devolveré a usted parte de los honorarios que ya he percibido, a razón de ochocientos dólares diarios, excepto los gastos, claro. Naturalmente, le haré una liquidación detallada...

—No me interesan los detalles. Quiero el dinero.

—Está bien.

Kenny se puso en pie.

—¿Adónde va usted? —preguntó Dorin.

—A vestirme, claro.

Ella abrió su pitillera y golpeó un cigarrillo varias veces contra la esquina de la mesa. Luego lo encendió e inhaló el humo nerviosamente.

Media hora más tarde, Kenny salió del dormitorio, completamente vestido, se acercó al teléfono y pidió a recepción que le preparasen la cuenta. Luego se inclinó para coger el maletín, y echó a andar hacia la puerta.

—¿Se marcha, Matt?

—Sí.

—¿A Glasgow?

—Sí.

—Iré con usted.

Kenny se volvió bruscamente. Dorin casi sintió miedo, al ver el brillo que había aparecido en los ojos del joven.

—Estoy tratando de elegir entre dos soluciones: atarla y

amordazarla o dejarla inconsciente de un buen puñetazo en la mandíbula —dijo él—. Ayúdeme a elegir, por favor.

—Es usted un hombre detestable...

—¡Mujer codiciosa! —la apostrofó Kenny, un segundo antes de cruzar el umbral de la puerta.

Lágrimas de rabia aparecieron en los ojos de la muchacha. Luego, de repente, pensó que iría a Glasgow, aunque Kenny se enojase.

—Aunque luego me pegue el puñetazo que ha prometido —se dijo.

Kenny se encontró con su corresponsal en el parque de Glasgow Green, no lejos de la ribera del Clyde. El hombre le pidió fuego, y Kenny se lo dio cortésmente.

—Keystone ha salido de Glasgow —informó el corresponsal.

—¿Solo?

—Sí. Se ha dirigido hacia el Norte. Uno de mis hombres le sigue.

—Está bien. ¿Puede comunicarme con él?

—Tiene radio en el coche...

—Dígale que vigile a Keystone muy estrechamente, pero que no le diga nada. Sólo debe actuar si viera a Keystone en peligro.

—Está bien. ¿Cuál es su hotel?

—King Edward. Habitación 314.

—Le llamaré apenas tenga noticias.

—Allí estaré.

El corresponsal se descubrió cortésmente.

—Ha sido muy amable, caballero —se despidió.

—Buenos días, señor.

Kenny regresó al hotel. Las horas pasaron lentamente. Durante todo el día no recibió ninguna llamada.

Al día siguiente, a las diez, sonó el timbre del teléfono. Lo levantó con mano nerviosa y dio su nombre:

—Kenny.

—Soy Armbuster. Tengo noticias.

El timbre de la puerta sonó de pronto.

—Un momento, Armbuster —dijo Kenny—. Alguien llama.

Dejó el teléfono y abrió. Una camarera, con vestido negro, cofia, cuello, puños y delantal blancos, armada con un aspirador, apareció ante sus ojos.

—Vengo a limpiar la habitación, señor —dijo.

Y, sin más, cruzó el umbral y se puso a trabajar.

Kenny volvió al teléfono.

—Hable, Armbuster —invitó.

El corresponsal pronunció un nombre. Kenny lo repitió maquinalmente.

—¿Eso es todo? —preguntó a continuación.

—Sí; por ahora, Keystone está vivo y bien protegido. Ah, mi agente se llama Farndon. Lo digo por si tiene necesidad de contar con él.

—Está bien, muchas gracias.

Durante las últimas frases, Kenny, con el rabillo del ojo, se había dado cuenta de que la camarera, un tanto inclinada hacia adelante, parecía muy ocupada con el aspirador, aunque sin haberlo puesto en marcha hasta el momento. Al terminar el diálogo, colgó el teléfono y se puso en pie.

El aspirador arrancó. De pronto, Kenny movió la mano derecha en semicírculo descendente.

Se oyó una especie de estallido. La camarera gritó, dio un salto y se llevó ambas manos al lugar afectado por la palmada, que no había tenido nada de caricia.

—¡Es usted un bruto! —gritó—. Me quejaré a la dirección...

Sonriendo, Kenny alargó una mano y arrancó la peluca de color castaño oscuro que llevaba la camarera, dejando al descubierto unos cabellos muy rubios, de tonos pajizos. Había algunas lágrimas en los ojos de Dorin.

—Tiene usted una mano muy pesada —se quejó ella, frotándose vivamente la región golpeada.

—Usted sí que es pesada —rezongó Kenny—. ¿Cuándo me va a dejar en paz?

—Le seguiré, aunque usted no quiera...

—Soy un tonto. Distráido, no me di cuenta de que repetía el nombre de cierta localidad.

—Donde está ahora Keystone.

—Usted lo sabe ya. No es necesario que mencione ese nombre otra vez. Pero ¿cómo ha conseguido el empleo?

Dorin se dirigió hacia la puerta.

—Hay uniformes y aspiradores de sobra en el cuarto de la

limpieza de este piso —contestó desabridamente.

—¡Aguarde un momento! —exclamó él, de pronto.

Dorin le miró, con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó.

Kenny le arrojó la peluca, que ella atrapó al vuelo.

—Cámbiese de ropa —indicó—. Dentro de treinta minutos, estaré aguardándola en la puerta del hotel. Ahorraremos gasolina si viajamos juntos.

—Eso está hecho —contestó Dorin, sonriendo.

—Con una condición.

—Aceptada, Matt.

—Cuando encontremos a Keystone, silencio absoluto. Usted no despegará los labios para nada, pase lo que pase.

—De acuerdo, Matt. Estaré lista antes de media hora.

—¡Ojalá sea cierto! —suspiró él, porque conocía bien a las mujeres, y sabía cuánto les costaba arreglarse.

Para su asombro, Dorin fue puntual. La muchacha entró en el coche, lanzó su maletín al asiento posterior y exclamó:

—¡Despegue, piloto!

Kenny meneó la cabeza.

—Dorin, esto no es un juego ni una excursión de placer. Téngalo bien en cuenta en todo momento. ¿Ha entendido?

—Lo sé, sé de sobra que no es un juego un asunto que comienza con el robo de cinco millones y el asesinato de mi padre.

El hombre estaba pescando tranquilamente a orillas del arroyo, cuando se le acercó la pareja. Volvió la cabeza un instante, pero continuó en su tranquila actitud.

—Un paisaje muy bonito, este del Lock Katrine —comentó Kenny con acento intrascendente—. ¿Se dan bien las truchas, Erad Keystone?

—No me puedo quejar —respondió el individuo con voz calmosa—. ¿Viene a buscarme por el asunto del millón?

—¿Cómo lo sabe, Erad?

Keystone lanzó una risita.

—Le acompaña la hija de Irving Shagell —contestó.

—La conoce, ¿eh?

—Vi su fotografía más de una vez. Sobre todo, aquélla en que sólo llevaba una sortija puesta, por toda indumentaria. No me

gustó. —Keystone hizo una mueca—. Demasiado flaca.

—Le gustan las gordas, a lo que parece.

—Usted no ha venido aquí para hablar de mis preferencias en materia femenina. ¿Cómo se llama, amigo?

—Kenny.

—Su nombre me suena.

—Lo celebro. Brad, ¿se imagina el motivo de nuestro viaje?

—Claro. Es usted un buen sabueso. Pero ha perdido el tiempo.

—El dinero le pertenece a ella, Brad.

Keystone volvió a reír.

—¡Tonterías! Yo y los otros cuatro nos pusimos de acuerdo para «soplarle» la pasta al viejo. Tampoco era suyo ese dinero, ¿comprende?

—¿Qué es lo que quiere decir?

—Simplemente, el viejo... me refiero al señor Shagell, claro, hacía tiempo ya que pensaba dar un golpe y retirarse. Astuto, no quiso meter el dinero en un Banco, y prefirió reunirlo todo en billetes.

—Usted era *croupier* en el Ramsés.

—Sí, como dos de los otros. Torçal y Boser eran *bar-men*. La cosa se notaba, aunque el viejo creía que lo hacía disimuladamente.

—Y ustedes lo mataron para...

—No, nosotros no le tocamos un pelo de la ropa siquiera. Sencillamente, arreamos con el dinero cuando creímos llegado el momento, esto es, cuando el viejo había reunido ya un buen paquete. El que lo mató, al menos, el que dio la orden de liquidarlo, fue el jefe supremo.

—¿Quién es el jefe supremo, Brad?

—Pregúnteselo a ella. No irá a decirme que se ha vuelto muda de repente.

Kenny, asombrado, volvió los ojos hacia la muchacha. En el rostro de Dorin había una enorme expresión de sorpresa, genuina, dedujo él.

—Hablaremos de eso más adelante, Brad —dijo—. De momento, díganos dónde está el dinero.

—Olvidelo. Me pertenece.

—Lo robó.

—¿Y el viejo? ¿Lo había ganado honradamente? Le habían

colocado en el Ramsés como hombre de confianza. Quienes le dieron el empleo, resultaron defraudados. Libros amañados, dinero ingresado de menos... ¿Por qué no íbamos nosotros a aprovechar la ocasión?

—Brad, ¿es usted sincero? —preguntó Kenny.

—¡Se lo juro!

Sobrevino una pausa de silencio.

—¿Ha gastado mucho dinero desde entonces, Brad? —inquirió el joven.

—Psé... unos sesenta mil. No tengo prisa, ¿saben?

—Brad, me gustaría preguntarle si sabe usted que Radigan y Torçal han muerto —dijo Kenny.

—Sí, lo sé; pero yo estoy preparado.

—¿Cómo?

Keystone lanzó otra risita. Luego, con la mano izquierda, se golpeó el tórax.

—Chaleco antibalas —dijo.

De repente, algo vino silbando y perforó la nuca de Keystone. El individuo dio un salto convulsivo, tan fuerte, que incluso se puso en pie. Pero volvió a caer un segundo más tarde, fulminado por el proyectil que había sido disparado a un cráneo sin protección.

Keystone rodó sobre la hierba y quedó boca arriba. Kenny vio que la frente del individuo había desaparecido, destruida por el proyectil al salir, después de haber entrado por la nuca.

Dorin vio también el horrible espectáculo, y sintió unas ganas enormes de vomitar.

CAPÍTULO VII

Estaban tumbados boca abajo sobre la hierba. Soplaban un ligero cefirillo, que hacía susurrar las hojas de los álamos. En alguna parte cantó un petirrojo.

—Dorin —llamó Kenny.

—Matt, estoy muy asustada...

—Me lo imagino. Siga como está, no se mueva.

—Sí, lo que usted diga. Pero... no hemos oído ningún estampido.

—Le han disparado con un rifle con silenciador y mira telescópica, lo menos a doscientos metros de distancia.

—E... el chaleco no le ha servido de nada...

—Keystone calculó mal, eso es todo.

—Matt, ahora no sabemos dónde dejó el dinero.

—¿Le importa mucho? ¿Sigue considerándolo como suyo?

Dorin se mordió los labios.

—Mi padre murió...

—Para algunos, con razón. Defraudó a quienes habían confiado en él.

—Lo siento, no sé qué decir.

—Una cosa sí sabe, Dorin.

—¿Qué es, Matt?

—Keystone lo dijo bien claro. Su padre murió por orden del presidente de la sociedad del Ramsés, y usted lo conoce.

—No, no, Keystone mintió. Él no pudo ser.

—¿Cómo está tan segura, Dorin?

—Lo sé y basta, Matt. Por favor, no me haga más preguntas, se lo ruego.

—De acuerdo, ya hablaré en otro momento.

Ella guardó silencio. Kenny miró a su alrededor unos instantes.

Todo parecía tranquilo. Pero no convenía fiarse de un individuo

armado con un potente fusil que, por si fuera poco, estaba provisto de mira telescópica. Para la víctima, el silenciador era un detalle absolutamente sin importancia, pensó Kenny, mientras reptaba cautelosamente hacia el inmóvil cuerpo de Keystone.

La sangre empapaba lentamente la hierba. Kenny empezó a registrar las ropas del muerto con toda meticulosidad. Buscó en su billetera, pero no encontró nada que le permitiera hallar la menor pista del objetivo.

Dorin contemplaba las operaciones con tensa atención. Después de palpar minuciosamente todos los pliegues de las ropas, incluidos los dobladillos de los pantalones, Kenny la emprendió con los zapatos. Incluso despegó la cubierta interior de la suela y hasta el forro de los zapatos. No salía nada que le pudiera dar el menor indicio del lugar donde Keystone había escondido su millón de dólares.

—Tendremos que irnos, Dorin —dijo, pasada ya una buena media hora, desde la muerte de Keystone.

—¿No estarán espiándonos? —Temió ella.

—Correremos el riesgo.

De pronto, Kenny reparó en el sombrero de Keystone, que había volado por los aires, tras el balazo mortal. Lo agarró con ambas manos, y hurgó en la badana interior. De pronto, notó algo en el forro de seda, y lo rasgó de un tirón.

Algo cayó revoloteando al suelo. Era un cartoncito de forma alargada, con una serie de inscripciones harto significativas.

—Ya lo tenemos, Dorin —exclamó, satisfecho.

—¿Qué es, Matt? —preguntó la muchacha.

—Él resguardo de un objeto depositado en una especie de consigna particular de Glasgow. La dirección es Crown Street, número doscientos ochenta y nueve.

Kenny hablaba, ya puesto en pie. No hubo la menor reacción por parte del asesino de Keystone.

—¿Vamos?

Alargó una mano para ayudarla a levantarse. Dorin miró, aprensiva a su alrededor.

—Tengo la sensación de que nos espían, Matt —susurró.

—No lo crea. El tipo se ha marchado ya.

—Me gustaría compartir su optimismo. En fin...

Echaron a andar. El automóvil había quedado en un camino secundario, que conducía a una de las riberas del lago. Al llegar junto al vehículo, Kenny abrió la portezuela para que ella se sentase en su puesto. Luego, se situó tras el volante y dio el contacto.

—Bueno, espero que Keystone fuera sincero y dijese la verdad, acerca del poco gasto que había hecho durante este año —exclamó, apenas se hubo puesto el coche en movimiento.

—En otras cosas no fue, sincero, Matt —dijo Dorin.

—¿De verdad?

—Difamó a mi padre miserablemente...

—También habló de que usted conoce al jefe de la organización, palabra que se emplea cuando no se quiere pronunciar otra más desprestigiada.

—No conozco a ningún jefe de ninguna organización —aseguró ella—. Y ¿a qué palabra se refería usted?

—Banda, pandilla... lo que prefiera.

Dorin apretó mucho los labios y calló. Kenny no quiso seguir hablando. Tarde o temprano, ella acabaría por decir la verdad.

De repente, al doblar una curva, vieron un coche atravesado en medio del camino. Kenny se sintió vivamente alarmado.

—¡Agáchese, Dorin!

Ella obedeció en el acto. Kenny, a su vez, se encogió a la vez que frenaba, temiendo en cualquier momento la descarga mortífera.

Pero no ocurrió nada de lo que temía. En el momento en que paró el coche, dos sujetos corrieron a las portezuelas y las abrieron de golpe.

—¡Salgan! —ordenó uno de ellos.

Los dos iban armados con sendas pistolas. Kenny pensó en arrojarle contra el que se hallaba a su lado, pero desistió en el acto. El individuo había obrado con gran astucia, abriendo la portezuela de golpe y saltando a continuación a dos pasos de distancia, lo que evitaba radicalmente la posible reacción del detective.

Kenny se resignó y salió con las manos en alto. De pronto, una voz suave, de tonos corteses, dijo:

—Señor Kenny, por favor, tenga la bondad de darme lo que ha encontrado en el cuerpo de Keystone.

Kenny estudió el rostro del sujeto, elegantemente vestido, alto y con unas grandes gafas que parecían una máscara. Sobre el labio

superior llevaba un ancho bigote, de forma rectangular, evidentemente postizo, pero muy bien imitado. Se apoyaba en un elegante bastón, y sus manos iban enguantadas en piel de color marrón oscuro.

—Por si ha pensado resistir o quizá mentirme, le ruego vuelva la cabeza un poco —dijo el sujeto, sin variar el tono de su voz—. Usted no querrá que la señorita Shagell sufra el menor daño, ¿verdad?

Kenny hizo lo que le decían. El segundo de los asaltantes sujetaba a la muchacha por un brazo. El cañón de un revólver estaba apoyado en la sien de Dorin.

—¿Cómo sabe que tengo algo? —preguntó.

El desconocido se echó a reír.

—Mi querido señor Kenny, estuvimos todo el rato observándoles con prismáticos. Podíamos haber ido allí, es cierto; pero llegó gente a la orilla, aparecieron un par de barcas... Quizá hubiera habido algo de pelea, y ello habría llamado la atención. Este camino es más seguro, créame.

—No lo dudo. Sigue recolectando millones, ¿eh?

—Excepto el de Radigan, quien demostró ser más astuto que yo, aunque, por fortuna, no me encontraba allí en el momento de la explosión. De todos modos, si de cinco, recobro cuatro, la pérdida será solamente de un veinte por ciento.

—¡Ese dinero no es suyo! —protestó la muchacha, con gran vehemencia.

—¿Acaso le pertenece a usted, señorita Shagell? Por favor, Kenny, deme el resguardo.

—Ah, ya sabe que es un resguardo —rezongó el joven.

—Tengo unos prismáticos que son una maravilla —aseguró el desconocido.

Kenny se resignó. Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó el cartoncito, que entregó a su interlocutor. Éste lo guardó con expresión complacida.

—Muy amable, señor Kenny —dijo.

Y empezó a retroceder hasta el coche, en unión de sus dos esbirros. Los cañones de dos revólveres continuaron apuntando a la pareja durante unos segundos, hasta que el coche atravesado arrancó a toda velocidad.

Dorin extendió las manos con un gesto de frustración.

—Lo hemos perdido todo —dijo.

—Quizá sí, quizá no —contestó Kenny ambiguamente.

—¿Qué es lo que trata de decir?

—¿Conocía usted a ese tipo?

—Me pareció vagamente conocido... Pero, en todo caso, está muy bien disfrazado.

—¿Qué me dice de la voz?

—No la he reconocido.

—Pudo haberla alterado deliberadamente.

—¿Su complexión, sus movimientos...? Hay detalles personales que un hombre, por muy bien que se disfrace, no puede variar jamás. Son gestos rutinarios, que forman parte de la existencia cotidiana. Ciertos tics no se alteran nunca, Dorin.

—Lo siento, Matt.

A Kenny le pareció que ella le mentía o, por lo menos, que no le decía toda la verdad. «Ya llegará la ocasión», pensó.

—Vamos —dijo, de pronto.

Volvieron al coche. Kenny arrancó a moderada velocidad. De repente, pisó el acelerador y el vehículo pareció saltar hacia adelante.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Se me ha ocurrido una idea! Quizá podamos llegar a Glasgow antes que ellos.

—Su coche era muy potente —alegó Dorin.

—No pretendo hacer una carrera, sino llegar pronto a Ardful.

Dorin empezó a comprender. Pero Kenny no dijo nada hasta que se detuvieron en un parador de carretera, situado en la entrada de Ardful.

Inmediatamente, saltó del coche y corrió hacia una cabina de teléfonos. Abrió la guía y empezó a pasar las páginas, seguido muy de cerca por la muchacha. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Ah, aquí está!

Inmediatamente, empezó a poner fichas en el teléfono. Luego, marcó un número y esperó.

—¿Señor Mac Gregor? —dijo poco después—. Soy Keystone. Poseo el recibo de depósito 401-A.

Tenga la bondad de...

Inesperadamente, Dorin le tocó en el hombro.

—Déjeme —masculló él—. ¿Me oye usted, señor Mac Gregor?

Dorin insistió. De pronto, se puso de puntillas y pegó sus labios al oído del joven.

—Matt, me amenazan con un revólver —susurró.

Kenny dejó de hablar en el acto. Volvió la cabeza y divisó a uno de los dos sujetos que les habían detenido en el camino.

El otro estaba un poco más allá y sonreía plácidamente. Kenny vio que el más próximo tenía la pistola oculta por un periódico.

—El jefe presintió que usted tenía buena memoria, y que trataría de evitar la entrega del paquete, por teléfono —dijo el sujeto—. Por tanto, nos encargó les entretuviésemos durante un par de horas.

—Es mucho: hasta Glasgow sólo hay unos setenta kilómetros...

—Sí, pero para llegar a Crown Street tiene que cruzar toda la ciudad. Hay mucho tránsito, ¿sabe?

Kenny volvió el teléfono a la horquilla, y salió de la cabina. Dorin parecía mantenerse muy serena.

—El jefe es muy generoso, y quiere que ustedes entretengan la espera —manifestó el individuo—. Nos ha encargado les obsequiemos con una buena comida. Este parador tiene fama por sus truchas fritas. ¿Qué les parece este plato fuerte?

—Detesto las truchas —dijo Dorin.

El pistolero se echó a reír.

—La carta del restaurante es muy extensa, y podrá elegir a su gusto —contestó—. Por favor, no dejen de tenerlo en cuenta en todo momento: son nuestros invitados.

—Se agradece la gentileza —respondió Kenny, a la vez que ofrecía el brazo a la muchacha.

Dos horas más tarde, los pistoleros se marcharon. Uno de ellos hizo saltar algo en la palma de su mano.

Kenny contempló con tristeza dos de las bujías de su coche.

—Además, he arrancado los cables del encendido —dijo el sujeto, como despedida.

Dorin se sentía furiosa.

—Hemos estado dos horas con ellos —exclamó, al quedarse solos—. En todo ese tiempo, ¿no se le ha ocurrido ninguna idea para llamar a la policía?

Kenny miró oblicuamente a la muchacha.

—¿Quién fue la que dijo que no quería intervención alguna de la policía? —exclamó.

Ella se mordió los labios.

—Perdóneme, creo que he dicho una tontería —murmuró.

—No se preocupe. Presiento que usted va a perder ese dinero, de lo que, en el fondo, me alegro muchísimo. Y, por otra parte, estoy deseando que lo encuentre el hombre de los guantes oscuros.

—¿Por qué?

—Jenkins me contó cosas interesantísimas de Slyner, cosas incluso, que ni siquiera dijo a la policía. Por eso yo estoy sacando mis deducciones...

—Pero ¿qué tiene que ver Slyner con todo esto?

—Formaba parte de la organización que quiere recuperar el dinero, no lo olvide. Como mayordomo, Jenkins es impagable.

—No venga ahora a hacerme elogios de ese hombre...

Kenny se echó a reír.

—Los secuaces del hombre que se llevó el resguardo carecen de refinamiento —dijo—. Pagaron la comida, pero se les olvidó obsequiarme con una copa de brandy y un buen cigarro. ¡Mozo!

El camarero acudió en el acto.

—¿Señor?

—Brandy y un habano.

—Al momento, señor.

—Pero ¿es que piensa quedarse aquí más tiempo? —preguntó ella, exasperada.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Hasta mañana por la mañana, no sale el avión que me llevará a Copenhague, en donde, según sus informes y los míos, está Kip Worley, el cuarto ladrón —contestó Kenny apaciblemente.

CAPÍTULO VIII

El hombre estaba sentado a una mesa, delante de una enorme jarra de cerveza, mientras la banda de música interpretaba una alegre melodía. Seguía el compás con los dedos de la mano derecha, si bien, de cuando en cuando, se llevaba la jarra a los labios.

Más allá, se veían las luces de los juegos y diversiones del parque Tívoli. Las familias danesas, satisfechas, paseaban con sus niños. Las parejas bailaban, estrechamente abrazados, mejilla contra mejilla, intercambiando a veces un beso.

Era un espectáculo placentero y confortador. La banda terminó su última pieza y la gente aplaudió.

—Debiéramos de pedir un «bis» —dijo Kenny, de pronto, sentándose junto al individuo solitario.

El hombre volvió la cabeza.

—No moleste, por favor —pidió.

Kenny alzó una mano.

—Tomaremos cerveza, los dos juntos, señor Worley —sonrió.

Una rolliza camarera, ataviada con traje típico y con grandes trenzas a ambos lados de su cara, acudió a la llamada del joven.

—Otras dos jarras, por favor —solicitó Kenny.

La camarera dobló ligeramente sus rodillas.

—Al momento, señor.

—¿Y bien, Kip? Está muy pálido —dijo Kenny—. Tal vez he debido pedir algo más fuerte que cerveza.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó el sujeto, con voz ronca.

—Un millón de dólares.

La camarera llegó en aquel momento. Kenny entregó un billete de cinco coronas. Ella lo agradeció con una amplia sonrisa.

—*Sköl*, Worley. —Brindó Kenny.

—Váyase al diablo —refunfuñó el otro.

—Usted sí que corre peligro de verle la cara —habló el joven plácidamente, sin la menor alteración en la voz—. Torçal, Keystone y Radigan han muerto ya.

Los dientes de Worley castañetearon.

—¿Có... cómo lo sabe?

—¿Es posible que no se haya enterado? —Kenny simuló asombro—. ¿No ha hablado con su amigo Mike Boser?

—Está en Santa Selená... —De pronto, Worley soltó un grueso taco—: ¡Maldición, ya se me ha escapado...!

Kenny rió suavemente.

—No, si eso ya lo sabía yo —dijo—. Lo único que me interesa saber es dónde está el dinero.

Worley le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Quién le envía? —preguntó.

—Le seré franco: Dorin Shagell.

—Ah, la hija de aquel viejo buitro...

—Parece que no guarda usted un buen recuerdo de Shagell —comentó Kenny con acento intrascendente.

Worley bebió un largo trago de cerveza. Eructó y luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Nos metió en el ajo. —Gruñó—. Luego, cuando ya hubo reunido toda la «pasta», quería largarse, dejándonos con un palmo de narices.

—Y no se lo permitieron.

—Nos enteramos a tiempo de que ya tenía comprado el pasaje para Río. Entonces, decidimos «birlarle» el botín.

—Luego, lo mataron.

—Eso no me importa. —Worley se encogió de hombros—. Se lo tenía bien merecido.

—¿Y usted? También se llevó algo que no le pertenecía...

—Es dinero que se dejan los «primos» en el casino. No se lo quitamos a un Banco o a un Comerciante honrado. El casino es una fuente continua de trampas.

—Pero les pagan bien.

—Según se mire, aunque eso no importa mucho ahora. Señor Kenny, si ha venido a que le entregue el dinero, olvídalo.

—Recuerde: tres han muerto ya.

—Estoy prevenido. —Gruñó Worley.

—Keystone dijo lo mismo. Tenía puesto el chaleco blindado, pero el tiro fue dirigido a la cabeza. La bala, al salir, se le llevó la frente.

—¿Quiere hacerme vomitar? Oiga, Kenny, no pienso devolver un solo centavo de ese dinero, por mucho que se empeñen. ¿Está claro?

—¿Le dirá eso mismo al jefe, cuando vaya a pedirselo en persona?

—¿Qué jefe, Kenny?

—Hombre, el que está por encima de todos...

—No conocía más jefe que Shagell. Me imagino que debe de haber accionistas, un consejo de administración... pero todo eso me tiene sin cuidado. —Worley se puso en pie bruscamente—. ¡Adiós!

El hombre se marchó. Kenny quedó en la mesa, fumando pensativamente. Conocía el lugar donde se alojaba Worley, de modo que no tenía prisa en seguirle.

De pronto, se le acercó una encantadora rubia, cuyo rostro le pareció vagamente conocido.

—No se preocupe; hay alguien que sigue a Worley —dijo la chica.

Kenny la miró con asombro. Ella rió argentinamente.

—Me he quitado la peluca con las trenzas y el traje folklórico —añadió—. Y mi nombre es Sigrid, empleada de la agencia Naestved. Otro de los empleados de la agencia se preocupa de no perder de vista a Worley.

—Me siento pasmado —confesó Kenny—. Su aspecto es enteramente distinto al de hace unos minutos, Sigrid, cuando nos sirvió la cerveza...

Ella lanzó otra alegre carcajada.

—Señor Kenny, me gustaría invitarle a cenar conmigo. Si sucediera algo de importancia, mi colega conoce el número de mi teléfono.

Kenny se puso en pie de inmediato. La supuesta camarera era muy atractiva.

—Encantado —aceptó—. ¿Dónde cenaremos?

Sigrid hizo aletear sus espesas pestañas.

—¿Te parece bien en mi pisito? —sugirió—. Podemos tomar un «smörrebröd», ya sabes, pan de centeno con pescados ahumados,

fiambres de todas clases, pepinillos, ensalada... y luego un pollo a la danesa... ¿Conoces la receta?

—La boca se me hace agua —dijo Kenny, y no sólo por el menú anunciado por la encantadora Sigrid.

Ella se colgó de su brazo.

—Tengo el coche en el *parking* —indicó.

Después de la cena, Sigrid encendió dos cigarrillos y pasó uno a su invitado.

—Demasiado dinero, cinco millones de dólares, ¿no crees, Matt? —dijo, después de lanzar la primera bocanada de humo.

—No te extraña. Irving Shagell tuvo tiempo de preparar el botín. Lo malo es que se alió con unos tipos con pocos escrúpulos, aunque no se puede decir que él los tuviera también.

—Un juego de pillos, vamos.

—Sí, pero con consecuencias sangrientas.

—Y hay alguien que no perdona el robo de los cinco millones.

—Podrían haber hecho la vista gorda, si se hubiera tratado solamente de míos pocos miles. Tal vez le hubieran administrado una reprensión privada, pero todo habría acabado ahí. Sin embargo, Shagell resultó demasiado ambicioso.

—Lo cual resultó su perdición. —Sigrid suspiró hondamente—. Cinco millones... La de cosas que haría yo, si fuesen míos. ¿Cuánto representan, en moneda danesa?

—Treinta y cinco millones de coronas, hermosa.

—¡Mi madre! —Sigrid se dejó caer sobre el diván, y levantó al aire sus bien torneadas piernas—. Me mareo solamente de oír una cifra semejante, Matt.

—Algunos han sufrido ya un mareo definitivo, nena.

—Tres, ¿eh? Te diré una cosa, Matt: no envidio absolutamente a los supervivientes. Pero yo me pregunto algo que me tiene intrigada desde que mi jefe me habló del asunto.

—Dime, Sigrid.

—Los perjudicados son... bien, son gente lista. Podrían ahorrarse mucho tiempo, gastos y contrariedades, si se pusieran de acuerdo con los ladrones.

—Tú sugieres un trato, ¿no?

—Exactamente. Por ejemplo, dejarles una cantidad a cambio de la suma mayor. Permitirles que se quedaran un diez por ciento...

cien mil dólares no son una tontería, Matt.

—Desde luego, y yo he pensado eso en más de una ocasión, pero hay algo que impide ese pacto.

—Dime qué es, Matt.

—Los ladrones robaron a una organización que no se puede permitir debilidades. Shagell murió asesinado, precisamente por ladrón, aunque más por haber traicionado la confianza de los, llamémosles así, directivos del Ramsés. Éste es un asunto de gente del hampa, Sigrid, todo lo elevada que tú quieras, pero hampa, al fin y al cabo. Y esa clase de gente no perdonan jamás las traiciones. Worley y Boser morirían igual, aunque no se recuperasen los millones.

Sigrid se estremeció.

—Eso significa que Worley está condenado a muerte —dijo.

—Si lo vigilan bien, no le pasará nada. Mañana trataré de convencerle de que haga un trato con el jefe de la organización, aunque me imagino que será pura pérdida de tiempo. Por otra parte, ha dicho que está prevenido...

Kenny se calló. Keystone también había dicho algo por el estilo y, sin embargo, había muerto.

De pronto, señaló hacia el teléfono.

—Ande, llama al hotel —pidió—. Quiero saber si Worley está bien.

Sigrid abandonó el diván y se acercó al teléfono. Minutos después, regresó junto a su invitado.

—Está bien —sonrió—. He hablado con el hombre que lo vigila.

—Eso me tranquiliza —dijo Kenny.

—Más me tranquiliza a mí —murmuró la joven, a la vez que enlazaba los brazos en torno al cuello de Kenny.

El tiempo se hizo infinito para la pareja. De repente, sonó el timbre del teléfono.

Sigrid se puso en pie. Kenny miró asombrado, a su alrededor.

Consultó la hora, mientras ella se dirigía a atender la llamada.

—¡Qué barbaridad, las cuatro de la madrugada!

Sigrid levantó el auricular. Escuchó un momento y, de pronto, lanzó un chillido.

—¿Qué sucede, Sigrid? —gritó Kenny.

Ella apareció nuevamente en la puerta. Su rostro estaba muy

blanco, sin sangre.

—Worley... Ha sido asesinado —dijo dramáticamente.

CAPÍTULO IX

El hombre bostezaba, sentado en una banqueta del pasillo, junto a la puerta de la habitación ocupada por Worley. En el hotel reinaba un silencio absoluto.

El ascensor se paró, de repente, en aquel piso. El vigilante se espabiló. Un hombre salió del ascensor, sostenido por uno de los empleados, vestido con el uniforme del hotel.

Estaba borracho, apreció el vigilante, con una sonrisa comprensiva. El empleado trataba de hacer caminar al cliente, que tarareaba a media voz una canción báquica. Los dos hombres pasaron por delante del detective.

De pronto, ambos a una, se arrojaron sobre el vigilante impidiéndole gritar. El detective forcejeó, pero algo blando, húmedo, y que emitía un olor dulzón, se apoyó en su cara. A los pocos segundos, cesaron sus movimientos.

—Adentro, tú —dijo uno de los atacantes.

El otro abrió la puerta. Su compañero arrastró el cuerpo inanimado del detective hasta el interior de la habitación; en modo alguno convenía que vieran a un tipo tumbado en el pasillo.

La puerta se cerró. Dos hombres, caminando de puntillas se acercaron al dormitorio, donde su ocupante estaba sumido en un plácido sueño.

De repente, uno de los sujetos sacó un fino lazo de seda. Worley despertó, terriblemente sobresaltado. Quiso gritar, pero ya no podía hacerlo.

Su mano tanteó la almohada, en busca del revólver que guardaba allí, escondido. Pero otra mano se apoderó del arma.

El lazo siguió apretando. Las convulsiones y pataleos de Worley cesaron bien pronto.

Un cuarto de hora más tarde, los asesinos encontraron un maletín de aspecto inconfundible.

—Aquí está la «pasta» —dijo uno de ellos, satisfecho.

El otro puso su mano sobre el maletín.

—No lo abras —murmuró, estremeciéndose de terror—.
Recuerda lo que les sucedió a Mace y a Binkey.

—Sí, tienes razón, que lo abra el jefe.

Momentos más tarde, los dos asesinos habían desaparecido del lugar del crimen. Un cuarto de hora más tarde, despertó el detective, y avisó a Sigrid, antes que a la policía de Copenhague.

CAPÍTULO X

—Usted... divirtiéndose con esa perdida... y mientras tanto, Worley era estrangulado...

Kenny llenó su taza de café. Dorin, furiosísima, se paseaba por la estancia, lanzando continuos apostrofes al hombre que permanecía impasible, sentado ante la mesita con el servicio del desayuno.

—No me divertía —dijo tranquilamente—, y aunque así hubiera sido, yo no podía hacer nada más. ¿Acaso quería que hubiese dormido en la propia habitación de Worley?

—¿Por qué no? Ahora estaría vivo; pero usted, claro, se fue de juerga con esa pájara...

—Esa pájara, como usted dice, es empleada de mi corresponsal en Copenhague. Ayer mismo, por la tarde, hablé con Worley. Se negó en redondo a considerar siquiera la devolución del dinero. Worley estaba vigilado, mientras permanecía en el parque Tívoli. Sigrid Hundquist hacía de camarera. Cuando Worley se marchó, otro hombre de la agencia Naestved se encargó de seguirle. Sigrid me invitó a su casa, porque sabía que, si sucedía algo, ese agente la llamaría de inmediato. Worley estaba advertido de lo que le podía suceder...

—Pero el dinero se volatilizó.

Kenny miró a la muchacha.

—Es usted repugnantemente antipática —dijo.

Dorin abrió la boca.

—Me está insultando —gritó.

—Nada de insultos; he dicho la verdad. ¿Qué clase de mujer es usted que sólo se preocupa por el dinero? ¿Es que no piensa, siquiera, en las vidas que se han perdido? ¿No tiene conciencia, acaso, del origen de ese maldito dinero? No, claro que no; lo único que le importa es el dinero... Dinero, dinero, dinero...

—Pero, Matt, yo...

—Usted debía haberse quedado en Nueva York. Del resto me encargaría yo, tal como acordamos.

—¡Pero allí corría peligro, acuérdeselo!

—No estoy muy seguro —refunfuñó él—. De todos modos, esto no importa ahora. Le diré una cosa; voy a Santa Selena, para hablar con el quinto ladrón. Si la veo por allí, me marcharé inmediatamente y dejaré este condenado asunto. ¿Me ha entendido?

—Pero, Matt... —Dorin parecía a punto de echarse a llorar—. Tengo que seguir...

—Claro, claro, todavía queda un millón. Es sólo la quinta parte de la cantidad original, pero no es una fruslería.

Dorin se acercó al joven, puso las manos en sus hombros y apoyó la cabeza en su pecho.

—Tengo que seguir —insistió, gimoteante—. Matt, si supiera qué desgraciada soy...

—Dorin, no me venga ahora con el cuento de la lástima. —Kenny la rechazó bruscamente—. Perdóneme, pero he de preparar mi equipaje.

Ella se encaminó hacia la puerta.

—¡Pues, aunque no le guste, iré a Santa Selena! —gritó.

—Claro. Y una vez allí, me dirá él el nombre del jefe, ¿verdad? Porque usted lo conoce, no me lo niegue.

Dorin se turbó.

—No... no le conozco...

De pronto, agarró el pomo, lo hizo girar y salió corriendo. Kenny movió la cabeza.

—Es una chica estupenda —murmuró—. Pero ¿qué habrá querido decir con eso de que no tiene otro remedio que seguir adelante?

Estuvo pensativo durante unos minutos. Luego, decidiéndose, se encaminó hacia el dormitorio, a fin de hacer el equipaje.

Media hora más tarde, estaba listo para tomar el avión. Entonces, llamaron a la puerta.

Kenny cruzó la salita y abrió. El hombre de los guantes de color marrón oscuro apareció ante sus ojos.

—¿Puedo pasar? —consultó amablemente.

Kenny se echó a un lado, a la vez que extendía un brazo.

—Está en su casa, señor...

—Gómez, por favor, amigo Kenny. Ya sé que va a decir inmediatamente que es un apellido tan falso como Judas, pero eso es una minucia, en las actuales circunstancias. Ahora bien, si tiene alguna opinión en contra de los apellidos hispanos...

—Me gustan, señor Gómez —sonrió Kenny.

—Así está mejor —dijo el sujeto, a la vez que cruzaba el umbral—. La verdad es, amigo Kenny, que usted y yo hemos chocado, en los últimos tiempos, con demasiada frecuencia, y no pocos inconvenientes para ambos.

—¿De veras? Yo diría que, en todo caso, los inconvenientes han sido para mí... mejor dicho, para mi cliente.

—Una simple cuestión de matices. —De pronto, Gómez metió la mano derecha en el interior de su bien cortada chaqueta, y Kenny se alarmó.

—¡Cuidado! No trate de sacar, aquí, un arma...

—Por favor —dijo el otro, a la vez que enseñaba una costosa pitillera de platino y diamantes—. Sólo deseaba fumar, mi suspicaz amigo Kenny. ¿No me aceptaría un pitillo, Matt?

—No. —Gruñó Kenny hoscamente.

El visitante se puso el cigarrillo entre los labios. Luego, lo encendió y recuperó el costoso bastón que había dejado momentáneamente apoyado en el respaldo de un sillón.

—Está bien —dijo al cabo—. ¿Hablamos de negocios?

—¿Qué negocio?

—Uno, con un nombre muy encantador: tranquilidad.

—¿Para quién?

—Para mí, naturalmente.

—Creo que empiezo a comprenderle, señor Gómez.

—Lo celebro infinito. Busco tranquilidad, Matt. Usted me ha dado muchos sobresaltos en las últimas semanas, y no quiero que eso vuelva a ocurrir.

—La culpa no es mía. A mí me contrataron y...

—Lo sé, lo sé. Pero quiero que cese de molestarme. A cambio, naturalmente, le daré una sustanciosa compensación. ¿Qué le parecerían cien mil?

Kenny sacó un cigarrillo y lo encendió sin prisas.

—Mi cliente me ofrecía mucho más: el diez por ciento de los

cinco millones —contestó.

—Era una oferta exagerada, desorbitada, sin fundamento alguno. —Calificó el visitante—. Usted sabe perfectamente que no puede pagarle esa suma.

—¿Puede usted pagarme los cien mil que ha mencionado?

—Claro que sí. ¿Acaso no sabe que...?

—Perdió un millón. Keystone demostró ser muy listo.

—Pero los otros, no. Y, a decir verdad, ya contaba con una pérdida semejante. Pero he recuperado casi tres millones, y el cuarto está a punto de caer en el saco.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Ese dinero procede de un robo sucesivo...

—No hablemos de su origen. Hablemos de los cien mil que usted puede aceptar o rechazar —cortó Gómez, tajante.

Kenny trataba de entretener al sujeto. Quería hacerle bajar la guardia un instante, para lanzarse sobre él y arrancarle las gafas y el bigote. Podría conocerlo o no, pero, en todo caso, tendría una visión completa de sus facciones. Aparte de ello, estudiaba milímetro a milímetro el menor detalle de la piel del rostro que quedaba al descubierto.

—Antes me gustaría hablar de Slyner —dijo.

—¿Por qué? —Gómez pareció sorprenderse.

—Envió a una dama encantadora a mi casa, para asesinarme. Pero luego murió...

—Había cometido un error —dijo el visitante fríamente.

—El error consistió en no conseguir mi eliminación.

—Exacto.

—¿Qué me dice de Lena Thompson? Murió en lugar de Dorin Shagell...

—Otro lamentable error, imputable al hombre que contrató Slyner. Por fortuna, lo va a pagar bien caro, con una condena de cadena perpetua.

—Se lo tiene bien merecido.

—Pero el error principal de Slyner fue ordenar el asesinato de Dorin, aparte de tomarse atribuciones que escapaban a su competencia. Sin embargo, ya ha muerto y ahora es pasto de gusanos.

—R.I.P. —dijo Kenny.

—Sí. Bien, me está haciendo perder un tiempo precioso. ¿Qué ha decidido, amigo Kenny?

—No.

—¿Significa que no acepta los cien mil?

—Exactamente.

«Gómez» pareció suspirar. De repente, tiró del mango del bastón.

Una delgada hoja de acero, de unos sesenta y cinco centímetros de largo, brilló inmediatamente. La punta de aquel espadín se apoyó en el pecho del sorprendido detective.

—No necesitaría atravesarle, para hacerle morir en pocos minutos —dijo Gómez—. ¡Mire la punta, Kenny!

El detective obedeció. La afiladísima punta del estoque estaba cubierta de una sustancia viscosa, de color marrón rojizo y brillo un tanto apagado. Había unos dos centímetros de acero cubiertos de aquella sustancia.

—¿*Curare*? —Adivinó.

—Sí.

—Ya intentaron usarlo una vez.

—Lo sé.

—Usted es más tacaño que Slyner. Él me ofreció doscientos mil —dijo Kenny, con acento de queja.

—¡Sea! —exclamó Gómez, con acento irritado—. Doscientos mil, y no se hable más.

—¿Cuándo?

—Dentro de media hora. Aguarde aquí, y alguien le traerá el dinero.

—Aquí estaré, señor Gómez.

—Seguro —rió el visitante, a la vez que retrocedía hacia la puerta—. No se mueva.

—Usted manda —contestó Kenny, impasible.

La puerta se cerró. Kenny volvió a encender un cigarrillo. Apenas había aspirado la primera bocanada de humo, se abrió la puerta.

Un hombre de recio corpachón y cara inexpresiva, entró, cerró con el tacón y se apoyó en la madera, a la vez que cruzaba los brazos.

—El jefe ha ordenado que no se marche.

CAPÍTULO XI

Escondido bajo el sobaco izquierdo, en aquella postura de brazos cruzados, había un revólver, adivinó Kenny. Lo interesante era ver de hallar el medio de quitar el estorbo que significaba el vigilante enviado por el receloso Gómez.

—¿Un cigarrillo? —ofreció, obsequioso.

—No.

—¿Café? ¿Whisky?

—No.

—Es usted todo un orador, amigo. ¿Por qué no presenta su candidatura a senador de Estados Unidos?

—No.

—Un ameno conversador —suspiró Kenny—. ¿Puedo ir al baño?

—Sí.

—Hombre, muchas gracias, al fin oigo una frase diferente.

El otro no hizo caso del sarcasmo. Kenny dio media vuelta, cruzó la salita, atravesó el dormitorio y llegó al baño. La puerta era corredera, y la hizo deslizarse con toda ostentuosidad.

El vigilante le siguió, instantes más tarde. Kenny trató de cerrar la puerta, pero el esbirro alargó el pie. Kenny se lo aplastó de un tremendo taconazo.

Se oyó un rugido de dolor. El esbirro trató de usar el revólver, pero antes de que desplegara por completo el brazo derecho, la puntera de un zapato golpeó cruelmente su rodilla.

Kenny sabía que era un golpe eficaz. Lo repitió, dirigiéndolo ahora a la otra rodilla. El pistolero se desplomó, abrumado por el dolor.

Perdió el revólver. Kenny se inclinó y se lo echó al bolsillo. En aquel momento, dos manos se aferraron a su pierna derecha.

La izquierda quedaba todavía libre. Kenny usó el tacón para aplastar una nariz, que pareció estallar como un pimientito

demasiado maduro. El hombre de Gómez emitió un gruñido inarticulado. Sus manos se aflojaron, y ahora, con el pie derecho ya libre, Kenny le golpeó en la mandíbula.

—Paso franco —masculló.

Gómez y el resto de sus secuaces debían de estar en alguna parte, contando los billetes. Separar doscientos mil dólares, en billetes de baja denominación, no era tarea de unos pocos minutos. Tranquilamente, Kenny agarró su maletín y se dirigió hacia la puerta.

Abrió y exploró el pasillo visualmente. No había peligro inmediato. Sin prisas, se dirigió al ascensor, con ánimo de partir hacia Roma inmediatamente. De allí, con otros medios de locomoción, llegaría a Santa Selenia en pocas horas.

El patrón del «motoscafo» se quejaba de la crisis del turismo.

—Ah, señor... Los precios, las huelgas... La recesión en Europa, la falta de petróleo... Este año ha sido fatal para nosotros, para los que nos dedicamos al turismo, créame, «signor» Kenny...

El viajero escuchaba aquellas lamentaciones como si oyera llover. Toda su atención estaba centrada en el islote que asomaba como un pico cerca del horizonte, a unos seis kilómetros de la costa italiana.

—El dueño de Santa Selenia fue un hombre con visión de futuro —decía el piloto—. Compró la isla por cuatro liras, apenas acabó la guerra. Esperó unos años, y los turistas empezaron a venir de nuevo. La gente prosperó por todas partes. El dueño dividió la isla en lotes, y los puso a la venta. ¿Adivina usted cuántos millones ganó?

Kenny, en el puente de la embarcación, contemplaba Santa Selenia con unos prismáticos que le había dejado el locuaz piloto. Ciertamente, la vida en aquella isla, bajo el sol mediterráneo, que tan pocos días dejaba de lucir al cabo del año, debía de ser algo maravilloso. Comprendía y envidiaba a Boser, el último superviviente de los cinco ladrones. Dejando a un lado el robo, era el único que había sabido elegir acertadamente su residencia.

Había abundancia de vegetación en la isla. Salvo un pequeño poblado de pescadores en una caleta, todo lo demás eran villas residenciales, casi ocultas por la vegetación. Algunas de ellas parecían, incluso, suspendidas sobre los acantilados.

El barco tocó, al fin, el muelle. Los pocos turistas que viajaban se desparramaron inmediatamente por la isla. Había senderos entre los pinos, pero ninguno de ellos permitía el acceso a una sola de las residencias, todas ellas reciamente cercadas. Kenny, con ropas claras, la chaqueta colgada descuidadamente del hombro izquierdo, un liviano sombrero de paja sobre la cabeza y lentes oscuros, se puso en movimiento.

Había un edificio con cuatro o cinco arcadas. Era la alcaldía. En una de sus paredes, Kenny vio un mapa de la isla, con la situación de cada una de las villas, y el nombre de su propietario. Kenny se había enterado previamente del nombre del propietario cuya villa había alquilado Boser.

Kenny salió de la pequeña aldea, compuesta por una cincuentena escasa de edificios. Había varios cafés y un par de albergues. Todo aquello pertenecía a un solo dueño. Hombre afortunado, se dijo.

Caminó sin prisas por un sendero flanqueado por abundantes pinos, cipreses, mirtos y arrayanes, una típica vegetación mediterránea, sin que faltasen tampoco numerosos setos de boj. La temperatura era agradable y el olor de los pinos se mezclaba, a veces, con los efluvios salinos que llegaban del mar.

Un cuarto de hora más tarde, se detuvo ante una alta tapia blanqueada, cuya entrada estaba cerrada por una recia verja, la que, además, había sido reforzada por fuertes planchas de acero. Ello impedía ver lo que había al otro lado.

Junto a la entrada se veía la cadenita de una campanilla. Kenny tiró un par de veces y esperó.

Pasados unos minutos, oyó una serie de atroces ladridos. Luego, una mirilla se descorrió en la plancha de metal.

—¿Qué desea? —preguntó alguien de voz poco amable.

—Quiero ver al señor Boser. Me llamo Kenny. Por si esto no le dice nada, añada que me envía Dorin Shagell.

—Está bien.

La mirilla se corrió de nuevo. El can ladró otra vez. Debía de ser muy grande, pensó Kenny. Era evidente que Boser no descuidaba las precauciones: planchas blindadas, guardaespaldas, perros...

De repente, media puerta se deslizó a un lado. Dos hombres aparecieron a la vista de Kenny.

—Separe las manos del cuerpo y entre —dijo uno de ellos.

Kenny obedeció. La puerta se cerró a sus espaldas. Uno de los guardianes le apuntó con su pistola. En la otra mano tenía la cadena con la que sujetaba a un can de aspecto espantable.

El otro le registró meticulosamente. Kenny no llevaba armas, no las usaba casi nunca.

—Bien, síganos.

Kenny echó a andar por un sendero que serpenteaba entre los escalones sobre los que había sido construido un jardín de grato aspecto. De cuando en cuando, había surtidores que daban frescura al ambiente.

De pronto, se encontró en una plazoleta, rodeada por cipreses, en la que se hallaba un individuo vestido solamente con un pantalón de baño, tumbado en una hamaca de vivos colores. A su lado había una opulenta morena, cuyo cuerpo tostado por el sol estaba escasamente cubierto por unos diminutos trozos de tela roja.

La morena enseñó unos dientes blanquísimos al sonreír. Mike Boser agitó una mano.

—Está bien —dijo.

Los guardianes se marcharon con el perro.

—Un bonito animal —sonrió Kenny.

—Muerde —dijo Boser.

—Miedo, mucho miedo.

—Si se lo ordeno, le destrozará la garganta, Kenny.

El perro ladró de pronto. Kenny volvió la cabeza, y divisó al animal que correteaba entre la vegetación.

—Lo tengo desde cachorro, y le he enseñado a atacar —dijo Boser.

—Eso demuestra que usted mira al futuro.

—Sí.

La morena seguía mirando a Kenny. Una vez le guiñó un ojo. Kenny permaneció impasible. Podía ser un aliado, aunque era preciso esperar.

—¿Y bien, señor Kenny? —dijo Boser, tras una leve pausa—. Creo haber oído el nombre de *miss* Shagell.

—No se equivoca usted. Estoy aquí en su representación.

—¿Con qué motivo?

—Vamos, vamos, ¿acaso no se lo imagina? Ustedes eran cinco.

Torçal, Radigan, Keystone y Worley han muerto ya. Es usted el único superviviente...

—Espero serlo durante muchos años.

—¿Lo cree así?

—Se lo juro.

Kenny contempló la mesa con el servicio de licores. Había abundancia de botellas, vasos y un gran cubo para hielo.

—¿Puedo...? —consultó.

—A su gusto. —Accedió Boser, magnánimo.

Kenny puso varios cubitos de hielo en un vaso y luego vertió una buena dosis de escocés. Mientras bebía, pensó que Boser era el más duro de los cinco.

—¿No tiene miedo? —preguntó.

—No. Sé quiénes pueden venir. Me avisarán. Aparte de ello, tengo a dos fieles guardianes, bien armados y expertos tiradores, por no mencionar a «Caín».

—Ah, el perro se llama «Caín».

—Sí.

—Quizá el nombre es adecuado, si sólo ataca a los hombres.

—Por eso se lo puse. ¿Ha terminado ya, señor Kenny?

—¡Pero si no he hecho más que empezar! —protestó el visitante.

Boser abandonó su lánguida postura.

—Voy a hacerle una pregunta —dijo—. Después...

—Después, ¿qué?

—Comprobaré su sinceridad. Señor Kenny, ¿hay divergencias familiares entre Dorin Shagell y su hermano Walter?

Kenny se quedó estupefacto al oír aquellas palabras.

—¿Ha dicho su hermano Walter? —preguntó.

—¡Claro, hombre! Pero ¿es que no lo sabía? Walter Shagell es el jefe, el presidente de la sociedad, por llamarlo de algún modo, el dueño, en suma, del Ramsés. Un tipo despiadado, créame. Con decirle que hizo matar a su propio padre, si es que no fue él mismo quien le voló la cabeza a tiros, se imaginará usted fácilmente cuál es la catadura del tipo.

Kenny no acertaba a coordinar sus ideas. Claramente se daba cuenta de que las palabras de Boser no eran una mentira, pero, al mismo tiempo, comprendía ciertas reticencias y silencios de Dorin.

—El hijo es mil veces peor que el padre, que ya es decir —

prosiguió Boser, implacable—. Por dicha razón, y porque Irving Shagell, después de complicarnos a todos, quería dejarnos con un palmo de narices, no pienso devolver un solo centavo, del millón de dólares que me llevé.

—Es una decisión definitiva, supongo —dijo Kenny, una vez repuesto de la impresión sufrida.

—Irrevocable —confirmó Boser fríamente.

—Bien, en tal caso, no me queda otro remedio que marcharme...

—Se equivoca, Kenny —dijo Boser fríamente.

De pronto, se llevó dos dedos a la boca, y emitió un prolongado silbido. «Caín» ladró casi en el acto.

Segundos después, los dos guardaespaldas aparecieron en la glorieta, empuñando sendas pistolas.

—El señor Kenny es mí «invitado» —dijo Boser con un tonillo que no parecía augurar nada bueno para el visitante.

Kenny se resignó. Los dos guardaespaldas le condujeron a la casa, dividida en varios planos, de acuerdo con los escalones del terreno inclinado en que estaba asentada. Uno de ellos abrió una puertecita lateral, de recias tablas, con un sólido cerrojo exterior, y movió la mano significativamente.

Kenny cruzó el umbral y se encontró en una pequeña habitación, cuya única ventana estaba asegurada por una reja de hierro. La estancia no se hallaba vacía.

—Hola, Matt —dijo Dorin tristemente.

CAPÍTULO XII

Kenny sacó cigarrillos. Dorin inhaló el humo del suyo nerviosamente.

—Parece que nos han pillado en la trampa —dijo.

Kenny no contestó, por el momento. Se acercó a la ventana y exploró el panorama con la vista. Desde allí, podía divisar un extenso trozo del jardín, incluyendo la entrada.

Luego se volvió y examinó la habitación, sobriamente amueblada con una mesa, una silla y un catre.

—Parece una celda carcelaria —comentó Dorin.

Kenny continuaba callado. Ella, de pronto, se irritó y golpeó el suelo con un pie.

—¿Es que no me va a decir nada? ¿Por qué no me llama tonta, estúpida y otras lindezas? —gritó, exasperada por el persistente silencio del detective.

Kenny movió una mano, como dando a entender que ella debía continuar apostrofándole.

—Siga, siga —bisbiseó, con voz muy tenue.

Dorin parpadeó, asombrada. Pero cuando vio que Kenny se inclinaba para mirar debajo de la mesa, creyó comprender.

Había un micrófono oculto en alguna parte. De pronto, «Caín» empezó a ladrar furiosamente, pero se calló a los pocos segundos.

Dorin gritó un par de insultos, dirigidos a Kenny. El detective, moviéndose como un gato, buscaba por todas partes.

Tal vez, se dijo, el micrófono estaba oculto en alguna de las paredes y cubierto con toda habilidad. De pronto, se puso sobre la silla y tocó el techo con las dos manos.

Sonaba a hueco. Era un falso techo, y el micrófono, de seguro, estaba al otro lado del conjunto de cañas y yeso. Pero la habitación medía tres metros de ancho por cuatro de largo. Doce metros cuadrados por explorar...

Súbitamente, Dorin tiró del faldón de su chaqueta.

—Venga, mire —dijo.

Kenny saltó al suelo. Ella estaba junto a la ventana enrejada. Kenny tendió la vista hacia el lugar que Dorin le señalaba con una mano.

Había un bulto tendido en el suelo. De su cabeza brotaba mucha sangre.

Era uno de los guardianes. El otro se acercó, curioso, pero alerta, con el revólver en la mano, pero, de súbito, se estremeció horriblemente y cayó al suelo.

Alguien disparaba contra los guardaespaldas. «Caín» había dejado de ladrar.

El silencio alarmó a Boser, quien se puso en pie. En el mismo instante, sintió un lacerante dolor en el pecho.

Bajó la vista. En su piel desnuda vio un redondo agujerito, del que manaba la sangre con violencia, como si saliera de un grifo completamente abierto.

La morena vio también la herida, pero, dada su posición, por la espalda, en la que el proyectil, al salir, había abierto un boquete como el puño. Sin lanzar un solo grito, Boser se derrumbó al suelo.

Se oyó un chillido femenino. Un segundo después, la cabeza de la mujer fue sacudida por el terrible impacto de un proyectil, que hizo saltar en pedazos toda la parte posterior de su cráneo.

—Los asesinan —dijo Dorin, temblando de pánico.

—Silencio —ordenó Kenny—. No alce la voz o nos matarán también a nosotros.

Pasaron algunos minutos. De pronto, un hombre salvó la tapia, y se dejó caer al interior del recinto. Corrió hacia la puerta y la abrió.

Dos más entraron, a renglón seguido. Kenny reconoció a Gómez.

—La confianza les ha perdido a todos los ladrones —murmuró—. Dorin, métase bajo la cama.

Gómez y sus dos sicarios avanzaron a lo largo del jardín. Gómez contempló los cadáveres con indiferencia.

Cuando Kenny vio que el trío llegaba a la glorieta, cerró los postigos interiores de la ventana, aunque dejó una rendija, para poder atisbar lo que sucedía en el exterior.

Los tres intrusos siguieron hasta la casa. Kenny dejó de verles.

—¿Dónde están, Matt? —preguntó ella, desde su escondite.

—Han entrado en la casa, pero no vuelva a hablar.

Dorin guardó silencio. Kenny se imaginó lo que estaban haciendo Gómez y sus dos matones, en aquellos momentos. Fervorosamente, deseó que encontrasen pronto el dinero. Si no lo hallaban en la casa, vendrían al cuarto y...

Transcurrió una hora. Dorin tenía ya los nervios a punto de estallar. Kenny no se sentía mejor.

De pronto, vio a Gómez que caminaba con paso rápido a lo largo del sendero que conducía a la salida. Llevaba en la mano derecha mi maletín de aspecto corriente, y sus dos esbirros le seguían como perros fieles.

El trío desapareció, al fin. Kenny lanzó un hondo suspiro.

—Bueno, ya han encontrado el millón número cinco —dijo—. Dorin, podemos considerarnos a salvo. Si Walter nos hubiera encontrado, no habría tenido la menor piedad de nosotros.

La muchacha salió arrastrándose de su escondite. Estaba sucia y desgredada, pero no prestó la menor atención a su aspecto personal.

—U... usted lo sabe...

—Sí, me lo dijo Boser.

Kenny no la miraba siquiera. Toda su atención estaba centrada en buscar un modo de salir de su encierro.

Tanteó la reja. Era demasiado fuerte. Se acercó a la puerta, y tocó la madera con los nudillos.

—Dorin, estamos en un aprieto —dijo.

Ella no le contestó. Kenny oyó un gemido ahogado.

Se volvió. Dorin, sentada en la silla, lloraba afligidamente, con las manos ocultándole la cara.

Kenny movió la cabeza. Era preciso dejar que la chica se desahogara, pensó.

De pronto, se le ocurrió una idea. Saltó sobre la mesa, y tanteó el falso techo. Podía ser mía solución...

—Dorin, deje de llorar; necesito su silla.

La muchacha se puso en pie. Kenny saltó al suelo y rompió el mueble con un par de golpes bien dados. Luego, se apoderó de una pata, volvió a subirse a la mesa y atacó el cielorraso.

Trozos de cañas secas y yeso cayeron sobre él. Continuó trabajando y, pocos minutos más tarde, había abierto un boquete lo suficientemente ancho para poder pasar a su través.

Asomó la cabeza. Un poco más allá, creyó divisar una trampilla en el techo auténtico.

—Espero que resista —dijo, a la vez que, dando un salto, se zambullía de lleno en el espacio que había entre el cielorraso y el techo.

El cielorraso crujió alarmantemente. Arrastrándose, Kenny alcanzó la trampilla y consiguió abrirla. De repente su peso hizo ceder el cielorraso, y se sintió caer. Afortunadamente, pudo agarrarse con ambas manos al borde de la trampilla, y consiguió sostenerse.

Luego, se izó, a pulso, encontrándose en un cuarto lleno de trastos viejos. Para tranquilizar a la muchacha, se inclinó sobre la abertura y dijo:

—Dorin, voy a salir y daré la vuelta a la casa. Creo que podré abrir desde afuera.

—Está bien, Matt.

Kenny salió del trastero, y se encontró en la cocina. El resto fue fácil.

La puerta del encierro estaba asegurada con un simple cerrojo. Dorin salió, mirándole con ojos extraviados.

—Nunca creí acabar viva el día de hoy —dijo.

—Lo mejor será que nos marchemos cuanto antes —propuso Kenny—. Tarde o temprano, se descubrirán los asesinatos, y conviene evitar las complicaciones.

Dorin asintió. Kenny la llevó por lugares que le evitaran la contemplación de los cadáveres. Pero tuvieron que pasar junto a los cuerpos de los guardaespaldas, y ella, horrorizada, volvió la cabeza.

«Caín» yacía cerca de la puerta. Asombrado, Kenny vio que los flancos del animal se movían regularmente.

—Está vivo —dijo.

—¿Cómo? ¿No lo han matado también?

Kenny hizo un gesto negativo.

—Lo más probable es que le arrojasen una bola de carne picada, con narcóticos en abundancia —supuso—. Su hermano es muy sensible; no hace asesinar más que a las personas —comentó mordazmente.

—¡Oh, calle, calle, por favor! —gritó ella, con voz crispada—. ¿Es que no se siente capaz de imaginarse el tormento que supone

saberse hermana de un monstruo sanguinario como Walter?

—Sí, me lo imagino fácilmente. Pero eso es algo que no se puede evitar —respondió Kenny.

—Lo sospechaba, pero nunca creí en que fuese una realidad, hasta que le vi, en las cercanías de Ardful, en Escocia.

—Entonces, le reconoció en el acto.

—Sí.

Dorin aparecía completamente abatida, hundida en un butacón del hotel en que se alojaba en Roma. Kenny preparó una bebida y se la entregó.

—Tómese un trago —indicó.

—Matt, no puedo quitarme de la cabeza que mi hermano es un asesino —dijo Dorin, después de una larga pausa—. Sospechar algo no es lo mismo que tener la completa certidumbre, ¿me comprende?

—Sí, desde luego.

—Siempre fue un hombre duro, implacable, ambicioso de poder... Ciertamente, hacía años ya que no nos tratábamos apenas, sólo algunos encuentros superficiales, pero había tenido ocasión de conocerle cuando yo era una niña, y hasta que cumplí los dieciocho años y me matriculé en una Escuela de Arte en Nueva York. Entonces, dejé de verle, salvo un par de Navidades, que pasé junto con mi padre.

—Siempre dijo que nunca había estado en Las Vegas —le recordó él.

—Y es cierto. Mi padre no quería que yo conociese aquel ambiente. Por eso voló desde Las Vegas a Nueva York para pasar la Navidad conmigo. En dos ocasiones, una de ellas, la última, hace dos años, Walt estuvo con nosotros. Ya no volví a verles más hasta que...

—Hay algo que encuentro un tanto extraño —observó Kenny—. Walt no parece mucho mayor que usted...

—Ya va a cumplir los treinta, aunque siempre ha tenido un aspecto muy juvenil. Pero casi desde niño empezó a desarrollar su personalidad, áspera, violenta y autoritaria. Ya ve, incluso nuestro padre era su subordinado.

—Entiendo. A Walt debió de saberle muy mal el robo de los cinco millones.

—Después de lo que le he dicho, imagínese cómo tuvo que ponerse. Pero yo no sospeché nada hasta hace poco...

—¿Cuándo murió su padre?

—No. Entonces llegué a pensar que su muerte se debía a... Bueno, se me ocurrieron diversas hipótesis, pero nunca pensé que Walt hubiera tenido relación con el crimen. Fue mucho después, cuando murió Torça.

—¿Torça? —repitió Kenny, extrañado—. ¿Qué tenía que ver con las sospechas hacia su hermano?

—Matt, el hecho de que Walt y yo no nos viésemos apenas, no significa que nos detestásemos. Nuestras relaciones podrían ser escasas, pero no frías u hostiles. Lo único que sucedió es que... cometí la imprudencia de revelarles mis planes.

—Antes ha dicho que no le vio desde la Navidad de hace dos años. Acláreme eso, por favor.

—Si se fija bien en lo que he dicho, recordará que no terminé la frase. La última vez que le vi fue en el funeral de nuestro padre. Y después, hablamos un par de veces por teléfono. Walt me animó siempre a recobrar el dinero. Incluso...

—¿Sí, Dorin?

—Incluso me recomendó a usted.

—¡Sorprendente! —exclamó Kenny.

—Se mostraba muy amable y complaciente, verdaderamente cariñoso. Así me engañó, y yo le dije, ingenuamente, todo lo que había conseguido averiguar sobre los ladrones. Entonces, cuando murió Torça, concebí las primeras sospechas, que se confirmaron más tarde.

—Comprendo —murmuró él—. Pero usted, a pesar de todo, persistió en la idea de recobrar el dinero.

—Tenía que hacerlo, Matt.

—¿Por qué?

Dorin vaciló en la respuesta.

De pronto, se puso en pie.

—Lo siento, no puedo contestarle —dijo.

Kenny la miró fijamente. Resultaba obvio que Dorin ocultaba algún secreto personal, que no quería revelar, por causas desconocidas hasta el momento. Pero ya lo averiguaría, se dijo.

—Está bien. Dorin, empiece a preparar el equipaje —indicó.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—De momento, a Nueva York. Luego... ¡a Las Vegas!

Dorin abrió mucho los ojos.

—Matt, si vamos allí, nos meteremos en la guarida del lobo — exclamó—. Walt ha sido considerado con nosotros hasta ahora, pero no tendrá piedad, si ve que tratamos de atacarle.

—Usted no ha oído hablar nunca de la guerra psicológica — contestó él, sonriendo enigmáticamente.

CAPÍTULO XIII

Kenny abrió la puerta del local y oteó el interior. Había bastante humo de tabaco, y se escuchaban numerosas conversaciones en voz alta. Kenny conocía aquella taberna supuestamente típica, cuyos precios ponían los pelos de punta al cliente que entraba allí por primera vez, pero también sabía que podía encontrar a la persona a quien buscaba.

Se acercó al mostrador. El *barman* le reconoció de inmediato.

—¿Lo de siempre, señor Kenny? —sugirió.

—Sí, Ed. Por cierto, estoy buscando a lady Lou.

—No ha venido hoy, señor Kenny —contestó Ed, mientras preparaba la bebida—. Tal vez esté en su casa.

—Es probable. De todos modos, esperaré un rato.

Transcurrió media hora. En vista de que la mujer a quien aguardaba no llegaba, pidió el teléfono.

Una voz femenina contestó de inmediato a su llamada:

—Lou Anders.

—Lady Lou, preciosa, estoy en el Sachmo's. Tenía vivos deseos de hablar contigo.

Ella rió, sarcástica.

—No me digas —contestó—. Yo creí que te habrías olvidado hasta de mi existencia. ¿Qué te ha pasado, Matt? ¿Deliras?

—No te burles de mí. El asunto es serio, preciosa.

—Eso de preciosa me escama mucho. ¿Qué es lo que quieres de mí, villano?

—Lo que quiero de ti no se puede decir por teléfono. ¿Tendré la suerte de que me concedas una entrevista?

—Dentro de media hora. Estoy terminando mi reportaje diario, y van a venir a buscarlo enseguida. Espera treinta minutos, Matt.

—Muy bien, lady Lou.

Kenny colgó el teléfono. Si alguna persona en Nueva York había

capaz de darle la información que deseaba, era Lou Anders, la chismosa columnista que tenía millones de lectores y un espacio en la televisión dos veces por semana. Su mordacidad era tan famosa como su belleza, pese a que había doblado sobradamente el cabo de los treinta años.

Pasada la media hora solicitada, Kenny se encaminó a casa de Lou Anders, situada no lejos del Sachmo's. Momentos después, llamaba a la puerta.

Ella le abrió en persona, envuelta en lo que Kenny estimó un centenar de metros de tejido tan ligero como una tela de araña. El peinado era terriblemente sofisticado. En torno a su todavía esbelta garganta había un collar de esmeraldas, recuerdo del primer marido de su larga serie de cinco... hasta el momento, según sabía Kenny.

—Hola, villano —le saludó ella—. ¿No me besas?

—Temo estropear tu maquillaje.

—Pues estropealo, hombre. —Lady Lou rió alegremente—. Las mujeres nos maquillamos para que los hombres nos...

—No sigas, por favor.

Kenny abrazó a la mujer y la besó. Lady Lou correspondió ardientemente a la caricia, pero él rompió el contacto a los pocos segundos.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto de hielo? —preguntó ella, extrañada.

—No, pero antes quiero hablar contigo. Necesito informes. Confidenciales, por supuesto.

—Está bien. ¿Qué quieres de beber?

—Ya he bebido un par de whiskys, gracias. Lady Lou...

—Espera, hombre, ven y siéntate aquí, a mi lado; así hablaremos con más comodidad.

Ella agarró su mano y le condujo a un enorme diván de terciopelo rabiosamente escarlata. El suelo estaba alfombrado en negro. En la pared frontera había unas estremecedoras pinturas, que parecían gigantescos salivazos de todos los colores. Kenny se sentía horripilado sólo con mirar aquellos espantosos cuadros.

—Y bien, ¿de qué se trata? —dijo lady Lou, después de que se hubo servido una copa.

—La chica se llama Dorin Shagell. Tienes que conocerla, lady Lou.

La periodista entornó los ojos.

—Sí —murmuró, pensativa—. Una hermosa muchacha. Pero hace más de un año que no tengo noticias de ella.

—¿Cuáles son las noticias anteriores?

—Iba a convertirse en la estrella de *Men, Men...* ya sabes, esa revista sólo para hombres. Consiguió una página doble central y una cubierta, aparte de otras fotografías con más o menos cantidad de ropa. De repente, lo dejó.

—¿Por qué?

Lady Lou se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas a Francis Nedder?

—¿Quién es ese tipo?

—El editor y propietario de *Men, Men...* aunque, por supuesto, tiene un director ejecutivo. Pero si Nedder da una orden respecto a una chica, el ejecutivo la cumple.

—Comprendo. En tu opinión, ¿qué la hizo retirarse de esa clase de trabajo?

Lady Lou se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —contestó—. Pero sé que la revista bajó bastante, desde que esa chica dejó de aparecer en sus páginas. Es muy posible que Nedder se sintiera furioso por la deserción. *Men, Men...* se ha recuperado algo en los últimos tiempos, aunque no todo lo que hubiera deseado Nedder.

—Es decir, la marcha de Dorin le costó dinero.

—Así podría decirse, Matt.

—Lady Lou, ¿dónde podría encontrar al tal Nedder?

La respuesta que obtuvo hizo que Kenny se sintiera extrañado en un principio. Luego, tras una rápida meditación, se dijo que quizá era lo más lógico.

—En Las Vegas —dijo lady Lou—. Nedder reside allí permanentemente.

A la noche, Kenny llamó a Dorin por teléfono:

—Prepárese, pasaré a buscarla a las siete de la mañana. Ya tengo comprados dos pasajes de avión para Las Vegas.

Kenny dejó a la muchacha en el hotel.

—Cenaremos juntos —dijo, al despedirse.

—Oiga, Matt, todavía no me ha dicho...

—Aún no es hora —contestó él secamente.

Durante la cena, Kenny tampoco quiso ser más explícito. En realidad, había estado haciendo indagaciones toda la tarde. Al día siguiente, empezaría a actuar.

Eran las once de la mañana cuando se detuvo ante una historiada verja, de estilo pretendidamente español. Al otro lado vio un frondoso jardín y una enorme piscina. El desierto estaba muy cerca, pero el agua no faltaba en la residencia de Nedder.

Un fornido guardián, vestido con un uniforme de fantasía, acudió a la verja. El hombre miró a Kenny con desabrimiento.

—El señor Nedder no está. —Gruñó.

—Hombre, habla usted... Pensé que me ladraría —dijo Kenny burlonamente—. ¿Cómo sabe que quiero ver a Nedder?

La cara del guardia se congestionó.

—Si salgo afuera...

—Más le valdrá que no lo haga, amigo. Vaya a ver a su amo y ládrele, de mi parte, que me envía Walt Shagell. Eso es todo.

El esbirro pareció amansarse.

—Está bien, se lo diré —rezongó.

Momentos después, Kenny tenía el paso libre.

—¿Le han puesto ya la vacuna antirrábica, amigo?

—Cuando salga de aquí, le partiré la boca —prometió el guardia.

—Quizá.

Kenny cruzó el jardín. Un estirado mayordomo le acogió en la entrada de la lujosa villa.

—¿Señor Shagell?

—No, Kenny.

—Perdón, señor. Pase, señor; el señor Nedder le aguarda en su despacho privado.

Kenny entró en la casa. El ambiente era de un lujo increíble. Saltaba a la vista que Nedder ganaba mucho dinero con su revista. O lo había ganado.

Momentos después, entraba en el despacho del dueño de la casa. Nedder, gordo, sudoroso a pesar del aire acondicionado, le miró hostilmente, parapetado tras una enorme mesa de trabajo y mi cigarro que parecía un cañón.

—Hable y despache pronto, amigo —dijo imperativamente—. No puedo perder mucho tiempo con usted...

Kenny se sentó en un sillón y cruzó las piernas.

—En primer lugar, debe saber que he mentido al mencionar el nombre de Walt Shagell. Quien me envía es su hermana Dorin.

Las cejas de Nedder se alzaron.

—Ah, esa...

—Cuidado con los calificativos —advirtió Kenny—. La señorita Shagell no quiere volver a su asquerosa revista por todo el oro del mundo. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, me ha enviado a pedirle todos los negativos que sus fotógrafos tomaron de ella.

—No sé de qué me está hablando. ¿Conoce a la policía de Las Vegas, señor Kenny?

—Sí, sé que son duros con los delincuentes. Aquí se viene a divertirse de muchas maneras, aunque no robando a la gente ni armando pendencias; pero también se portan duramente con los que cometen otra clase de delitos.

—Yo soy una persona honrada...

—Usted es un sinvergüenza, que trata de explotar a una muchacha, sólo porque es joven y bonita... y porque creyó también que ella le podría proporcionar los cinco millones robados al Ramsés, y que le permitirían salvar el déficit de su revista. Está bien, me iré sin los negativos; pero de aquí marcharé directamente al despacho del jefe de policía. ¿O quizá prefiere que se lo diga a Walt? Dorin es su hermana, recuérdelo.

Nedder se puso lívido. Kenny sonrió. Sabía lo que pensaba el individuo.

La policía de Las Vegas podía ponerle en un apuro gordo, si se aceptaba la denuncia por chantaje. Pero lo que Shagell le haría sería mucho peor todavía.

—Esa condenada zorra... Su marcha de la revista me va a arruinar...

—Su revista es un pozo de basura. —Calificó Kenny duramente—. Tuvo cierto éxito al principio, pero usted no supo elevar su tono para aumentar la circulación. De todos modos, eso no me importa en absoluto. Nedder, esos negativos están aquí. La decisión es suya... y la responsabilidad de lo que le ocurra también.

Nedder estaba a punto de echarse a llorar. Toda su dureza había desaparecido.

Momentos más tarde, Kenny tenía un grueso sobre en las manos.

—Cuidado con esa chica —dijo—. No la moleste más o se lo diré a su hermano.

Nedder no se sentía con ánimo de contestar. Sin pronunciar una sola palabra más, Kenny se dirigió hacia la puerta.

Salió al jardín. El guardia le acompañó hostilmente hasta la verja. Era un hombretón que pasaba medio palmo a Kenny y pesaba quince kilos más.

—En cuanto haya cruzado la salida, le daré...

Kenny le miró de pies a cabeza.

—En lugar de entretenerse conmigo, vaya a ver a su jefe —dijo—. Está haciendo las maletas, y se va a marchar sin pagarles. Ha quebrado, ¿sabe?

El guardia tenía la mano aún en la verja abierta a medias. De pronto, dio media vuelta y echó a correr hacia la casa.

Kenny lanzó una alegre carcajada. Cruzó la verja, subió a su automóvil y tomó el camino que le conduciría a Las Vegas.

Media hora más tarde, Dorin, llena de pasmo, recibía el sobre.

—Ahí lo tiene todo —dijo Kenny—. Nedder ya no le hará más chantaje, y usted podrá olvidarse de perseguir cinco millones.

Había lágrimas en los ojos de la muchacha.

—¿Cómo lo supo? —preguntó.

—Usted se mostraba demasiado codiciosa, pero a mí no me lo parecía. No es que desprecie totalmente el dinero, pero se portaba de una manera bastante rara. ¿Acaso se crea que mientras viajaba permanecía ocioso o me dedicaba a cortejar a lindas agentes de mis corresponsales? Cuando le presente la nota de gastos y vea el importe del teléfono, se le van a poner los pelos de punta.

Dorin esbozó una sonrisa.

—En medio de todo, mi hermano hizo bien al recomendarme a usted —contestó.

—De eso no le quepa la menor duda. Y ahora, prepárese para volver a Nueva York.

—¿Por qué?

—Primero, debe matricularse de nuevo en la Escuela de Arte. Segundo, lo que va a suceder aquí no le interesa en absoluto.

—Walt es mi hermano...

—Se trata, simplemente, de un accidente biológico. Vuelva a Nueva York.

—Usted habló algo sobre guerra psicológica —le recordó Dorin.

—Sí, pero no quiero que esté aquí. Y no tema: no voy a convertirme en el héroe vengador que se encargará de traspasar el cuerpo del traidor con su limpio acero. De eso ya se encargarán otros. Son demasiados muertos, ¿comprende? —Y mientras ella asentía, Kenny agregó—: Una mujer completamente inocente murió por culpa de Walt. Claro que él no dio la orden, pero...

—Matt, recuerde que hay una ley —dijo ella.

—Lo sé y lo tendré presente en todo momento —respondió Kenny.

CAPÍTULO XIV

El Ramsés era un lujoso edificio en el que, además del local destinado a casino, dividido en varios departamentos, según la clase de juego que se quisiera practicar, había también lugares de esparcimiento. Una de las alas del edificio estaba destinada a hotel, con una docena escasa de pisos y un número relativamente pequeño de habitaciones, pero todas ellas dotadas de increíbles refinamientos.

Kenny entró en el hotel y se dirigió al bar, una de cuyas paredes era todo vidrio, lo que permitía divisar una vista espléndida de la calle en continuo movimiento de personas y vehículos. Buscó con la vista a un hombre, y lo encontró al fin, tomando unas copas en la barra, atendida por varias *barmaids*, de ropa muy escasa y escote sugestivo.

Kenny se sentó junto al individuo.

—Hola, Toro —saludó amablemente—. Un doble de escocés para mí, guapa —pidió a la camarera.

El hombre le miró de muy mal talante.

—No le conozco, señor —dijo fríamente.

La *barmaid* sirvió la bebida. Kenny dejó un billete de cinco dólares.

—Guárdate la vuelta, preciosa —sonrió—. Toro, si lo prefiere, usaré su verdadero nombre: Johnny Elphus. ¿Le gusta más?

—A mí lo que me gusta es machacarle las narices a ciertos entrometidos. ¿Por qué no se larga y me deja en paz?

—Toro, yo creí que a usted le gustaba más hacer otras cosas, como, por ejemplo, usar un rifle con mira telescópica. ¿O era su compinche, Les Gaunton, el que lo utilizaba?

La cara del sujeto se puso roja de ira. Era un hombretón enorme, con unos puños capaces de partir un cráneo humano de un solo golpe.

—Le voy a...

—No tan deprisa, muchacho —dijo Kenny—. Escúcheme primero, y luego rómpame la cara, si le parece. Pero antes de empezar con los golpes, mire hacia afuera.

Toro volvió la cabeza un instante. En la puerta del hotel había un lujoso automóvil, en el que un chófer uniformado cargaba varias maletas.

—Su jefe se larga, Toro —continuó Kenny—. Ya les ha sacado el jugo a ustedes dos, lo mismo que pasó con aquella pareja de desdichados que volaron en pedazos con la bomba de Keystone, de modo que no les necesita para nada. Ha recobrado cuatro millones... bueno, pongamos tres y medio, que tampoco son una tontería, y se larga fuera del país. ¿Y ustedes, qué? ¡Un palmo de narices, claro!

Toro tenía la boca abierta de par en par. El chófer terminó de cargar el coche, y se sentó tras el volante, dispuesto a esperar al viajero.

—Muchacho, han sido demasiadas muertes, aunque se hayan cometido en países extranjeros. Radigan, Keystone, Worley, Boser... pero también aquí mataron a Slyner. Usted y Les Gaunton hicieron todos los trabajos sucios, se portaron con su jefe con perruna fidelidad, no le pidieron un solo centavo del dinero recuperado y... ¿qué les da él, ahora, como recompensa?

La cara del pistolero pasaba por todos los colores del arco iris. Kenny soltó una risita:

—A fin de cuentas, a su jefe se le puede aplicar ese refrán: «De tal palo...». Su padre intentó hacer lo mismo con los cinco que le ayudaron a reunir el dinero. Y Walt es un Shagell, al fin y al cabo, no lo olvide, Toro.

Los ojos del asesino fueron un instante al coche que aguardaba en el exterior. Luego, de súbito, se apeó del taburete y echó a andar rápidamente hacia el vestíbulo.

Kenny miró a la *barmaid* y sonrió.

—Está furioso —dijo ella—. ¿Qué le pasa?

—Le duele el hígado —contestó Kenny, con acento intrascendente.

Dejó el bar y siguió el camino de Toro. Había reunido información durante los días precedentes, y sabía cómo llegar al

departamento de Walt Shagell, quien ocupaba toda una planta del hotel.

Cuando salió del ascensor, vio a Toro que golpeaba en la mandíbula a un sujeto.

—Yo entro aquí cuando quiero —gritó el pistolero, exasperado. Abrió la puerta. Su compinche le salió al encuentro.

—¡Toro! ¿Qué sucede? —gritó.

—Ese maldito hijo de perra... —vociferó Elphus, fuera de sí—. Estuvimos haciéndole los trabajos sucios... y ahora quiere largarse con toda la pasta, sin decirnos ni adiós siquiera.

—Estás loco, Toro. —Gruñó Gaunton.

—¿Loco? Mira hacia abajo. Su coche está listo, con el chófer. Yo mismo le he visto cargar todas las maletas. ¿Crees que necesito ir al oculista?

Gaunton frunció el ceño. De pronto, dio media vuelta.

—Ven, Toro —dijo.

Kenny había escuchado desde la puerta, para no ser visto. Cuando notó que los pistoleros se adentraban en el departamento, les siguió sin hacer ruido.

Gaunton y Toro entraron en el despacho donde Shagell escribía algo en un grueso libro. Oyó los pasos de los dos individuos, y levantó la cabeza.

—¿Qué os pasa, muchachos? —preguntó.

—Nada —dijo Toro torvamente—, sólo que no tenemos ganas de que se burle de nosotros.

—Pero ¿qué diablos estás diciendo? ¿Has bebido, Toro?

—Su coche está abajo, cargado. El chófer le aguarda. Usted se larga del país, y a nosotros nos va a dejar empantanados —acusó Gaunton.

Shagell se puso en pie.

—De todas las tonterías que he oído, ésta es la mayor...

—Le ayudamos, y obedecemos todas sus órdenes —gritó Toro—. El dinero volvió al país y, ¿qué hemos recibido a cambio? Un puñado de billetes y dos palmadas en la espalda. ¿Cree que nos merecemos eso?

—Lo que os merecéis ambos es una camisa de fuerza.

¿De dónde diablos habéis sacado que me marchó de Las Vegas?

—Lo ha dicho Kenny...

—¡Kenny! —resopló Shagell—. ¡Os ha engañado, idiotas!

—¿De veras, Walt?

La voz de Kenny sonó en la puerta. Apoyado en la jamba, Kenny fumaba tranquilamente un cigarrillo.

—Os ha mentido, chicos —gritó Shagell—. Se trata de una asquerosa calumnia, un sucio truco...

Kenny se echó a reír.

—¿Calumnia? Toro, anda, llama al aeropuerto, por favor. Pregunta si el señor Gómez ha reservado un pasaje para Brasil, concretamente, para Río de Janeiro. El avión sale justamente dentro de treinta minutos. Anda, Toro, llama.

La mano de Shagell se apoyó bruscamente sobre el teléfono.

—¡Quieto, Toro! —exclamó—. ¿Es que no ves que ese tipo te engaña?

—Conque me engaña, ¿eh? Entonces, déjeme llamar...

Toro apartó a Shagell de un empujón. Shagell trastabilló con violencia y chocó contra la pared. Al recobrar el equilibrio, vio su bastón a dos pasos de distancia y saltó hacia él.

—¡Toro, maldita sea...!

El estoque salió de su vaina. Gaunton lanzó un grito de advertencia, y su compinche saltó a un lado, pero no pudo evitar que el estoque le atravesara el brazo izquierdo.

—¡Me ha matado! —chilló el pistolero, lívido—. ¡Ese maldito hierro está envenenado!

Los ojos de Shagell ardían de ira. Pasó por detrás de Elphus, y se dirigió hacia Kenny.

—Usted es el culpable —dijo.

—Culpable, ¿de qué? ¿De qué usted haya asesinado incluso a su propio padre?

—Shagell no fue nunca mi padre —vociferó el sujeto, lívido de ira—. Soy hijo adoptivo... Mis padres creyeron que nunca tendrían hijos, y por eso me adoptaron y me dieron su nombre. Luego, más tarde, nació Dorin... Pero eso no importa ahora, maldito. Todavía queda en el estoque el *curare* suficiente para enviarle al infierno.

De repente, sonó un estampido.

Shagell se tambaleó. Toro, con la cara horriblemente deformada por el sufrimiento, acababa de disparar contra él.

Gaunton sacó su pistola. Kenny golpeó la muñeca con el filo de

su mano, y el arma saltó por los aires. En aquel momento, Toro hacía fuego nuevamente.

Shagell giró en redondo, y miró un instante a Elphus, quien, en aquel instante, se tendía de espaldas en el suelo. Gaunton parecía aterrado, petrificado, incapaz de reaccionar.

De pronto, Shagell dio un par de pasos, tambaleándose como un borracho. Todavía tenía el estoque en la mano. Gaunton le miraba con ojos llenos de pánico.

—Kenny, usted también...

Shagell levantó la mano armada.

—Aunque sea lo último que haga... —jadeó.

Kenny adivinó lo que iba a suceder, y estiró la mano, atrayendo a Gaunton hacia sí, para colocarlo como escudo. El pistolero chilló, cuando vio que el estoque volaba por los aires, para clavarse en su hombro izquierdo.

Shagell se desplomó en el suelo. Gaunton lanzó un horripilante alarido. Kenny soltó su brazo.

Momentos después, salió del departamento. El pistolero que solía vigilar la entrada, estaba sentado en el suelo, frotándose la mandíbula con cara de no haber entendido muy bien lo que sucedía.

—Será mejor que avise a la policía —dijo Kenny—. Hay tres muertos en el interior del departamento.

Los claros ojos de Dorin chispearon de alegría, al reconocer a su visitante.

—¡Matt! —exclamó—. Ha tardado mucho en venir a verme.

—Sí, lo sé.

Kenny dejó el sombrero sobre una silla. Luego, miró a todas partes con aire crítico.

—Tiene usted un piso algo pequeño —dijo.

—Es suficiente para una estudiante de Arte, ¿no cree?

—Tal vez. Dorin, he venido a traerle la liquidación de mis honorarios...

—Oh, por favor, Matt, no tenía por qué preocuparse. Todo ha terminado ya, me parece.

—En efecto. Siento algunas cosas que ocurrieron, pero tenían que pasar así.

—Sí, tenían que pasar así —convino ella.

—¿Sabía que Walt no era su hermano?

Dorin movió la cabeza.

—No me lo dijeron nunca. Supongo que no querían que Walt sufriese algún trauma, pero, de algún modo, llegó a enterarse —contestó.

—Eso ya no tiene importancia —dijo Kenny—. De todos modos, quiero que lea la liquidación. Hay en ella un apartado que puede interesarle.

—Está bien.

Dorin tomó el sobre que le entregaba su visitante. Repasó las distintas facturas. Al final, encontró una nota escrita:

«Estas facturas quedarán canceladas si la deudora consiente en casarse con el acreedor».

—¡Sí! —gritó Dorin.

Y saltó al cuello de Kenny.

—¿Hoy? —consultó él.

—¡Ahora mismo! —respondió Dorin apasionadamente.

A las siete y media de la tarde, Kenny cogió a la muchacha en brazos, delante de la puerta de su casa. Jenkins abrió y se inclinó ceremoniosamente.

Kenny cruzó el umbral con Dorin en sus brazos. Asombrado, vio que la mesa estaba puesta en un lado de la sala, alumbrada por dos velas, que prestaban una discreta iluminación al ambiente.

—Nuestro banquete de bodas —dijo ella, extasiada.

Kenny se sentía pasmado.

—Jenkins, pero ¿quién diablos le ha dicho...?

—El señor es un magnífico detective, pero yo sería un mayordomo indigno de su fama si no hubiese estado preparado para este momento tan grato.

—Pero yo no he dicho nada... Ni siquiera la señora Kenny lo sabía...

Jenkins le guiñó un ojo.

—El señor cometió la imprudencia de tirar a la papelera los borradores de algunas de sus facturas —explicó.

Dorin lanzó una alegre carcajada.

—¡Matt, te ha vencido! —exclamó—. Ha sido más listo que tú.

Kenny rió también.

—De acuerdo, Jenkins, usted leyó, sin duda, la nota en la que yo pedía a la señora que se casase conmigo. Pero ¿qué hay de la cena?

El mayordomo hizo otra profunda reverencia. Luego, pronunció la frase de ritual:

—¡La cena está servida!

FIN



**DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE
CORIN TELLADO**

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inagotables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca del Amor.

**APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

